



STARCRRAFT
HEART OF THE SWARM



En la Oscuridad

Por David Gerrold

—¡Ricitos de Oro!

Jake sonrió mientras estudiaba las visuales frente a él. Su nave todavía estaba muy lejos como para que pudiera tener una vista detallada del planeta pero las especificaciones eran óptimas... Hasta mejores que óptimas.

Un sol amarillo cálido, no muy lejos del ciclo primario. Tres lunas pequeñas, lo suficientemente grandes para generar fuerzas de marea y mantener al planeta firme en su eje. 90,09% de gravedad estándar. 73% cubierto por agua. 31% de oxígeno en la atmósfera. Temperatura media de 24 grados Celsius. Supertormentas de estación, pero eso pasó en casi todos los planetas con atmósfera. Un continente largo, irregular, que recorre todo el planeta desde las regiones árticas del norte y hasta sobrepasar apenas las regiones templadas del extremo sur, sumado a una diseminación de islas grandes, la mayoría de ellas está cerca de las costas de ese único continente pero algunas están más lejos. La vegetación está matizada de ámbar a índigo pero se inclina un poco más hacia el naranja y el rosado. Las cantidades de CO2 y metano en la atmósfera indican que hay una biomasa herbívora considerable y probablemente también haya algunas formas carnívoras dependientes. Algo de acción volcánica pero nada cataclísmico.

Ni demasiado caliente, ni demasiado frío.

Ni demasiado grande, ni demasiado pequeño.

Habitable.

Ideal.

Ricitos de Oro.

Mejor aun: esta estrella estaba en un lugar tan improbable, tan lejos de las rutas principales, que lo más probable es que nadie lo haya ido a buscar. Qué demonios, pensó, tal vez él sería el primer humano en pisar este mundo

improbable.

—¡Ja! ¡Será Ricitos de Oro entonces! Queda bautizado oficialmente el planeta de los bucles dorados. —Y posiblemente el de los problemas inesperados. Esa parte no la dijo en voz alta. ¿Para qué llamar a la desgracia?

Le dijo a la adjutora que pusiera su nave en una órbita polar y puso los escáneres a mapear toda la superficie del planeta. Pensaba quedarse bastante tiempo aquí. Tal vez toda la vida. Buscaba algo tropical, con chaparrones a la tarde para refrescar el calor del día y con vista al oeste para poder sentarse en la puerta de su casa a disfrutar del atardecer.

De hecho, tenía una lista entera de deseos. —Adjutora, busca que tenga terreno fértil para poder plantar frutas y vegetales. Acceso a agua corriente limpia para poder bañarme regularmente y armar un molino de agua generador de energía para la iluminación. Que esté lo suficientemente cerca de una playa para poder salir a navegar pero en un terreno elevado por si hay un tsunami. Que no haya volcanes activos ni fallas geológicas en las inmediaciones y que no se encuentre en ninguna franja de tornados.

—Procesando... —respondió la IA.

Jake caviló en voz alta. —Probablemente una isla cerca de la franja ecuatorial. Eso estaría lindo.

—Una ubicación continental le daría mayor acceso a recursos.

—Sí pero también me pondría en el camino de varias especies migratorias. —Los escáneres revelaron rebaños gigantes de unas cosas sorprendentemente grandes que se desplazaban lentamente, siempre en busca de pastoreo fresco... seguidas por depredadores casi igual de grandes, manadas enteras.

—Vivir en el medio de una superautopista evolucionaria no es una buena opción. No soy estúpido.

—Por supuesto que no —coincidió la adjutora—. Sus puntuaciones psicométricas son altas aun considerando su tendencia a la impulsividad.

—Cállate —dijo Jake. Él no había llegado a este lugar por accidente. Había pensado en esto durante mucho tiempo.

La decisión de desertar había comenzado a crecer en su cerebro veinte minutos después de la primera vez que hizo las estadísticas de mortalidad. Se había estado murmurando a sí mismo "Hay soldados viejos y soldados valientes pero no hay soldados viejos y valientes". Entonces descubrió que ni siquiera había soldados viejos. No era algo desalentador: era aterrador. Mirando fijo los datos en la pantalla, le pareció que su ruta de servicio era eterna y que el único retiro que le esperaba era un terreno de dos metros para abajo en un páramo desierto en el que no se podía plantar más que hileras tras hileras de piedras planas con nombres y fechas.

Jake quería seguir estando sobre el césped y no bajo él, todo el tiempo que le fuera posible.

Primero buscó la carrera que tuviera las mejores estadísticas de mortalidad. La de piloto de suministros no tenía las mejores pero tampoco las peores. Y había una ventaja abrumadora. Las naves colonizadoras casi siempre transportaban todo el equipamiento necesario para armar un asentamiento autosuficiente. Entonces fue que nació la idea. Entonces fue que Jake eligió su carrera. Le había llevado siete años (siete años *aterradores*) y más de una vez tuvo razones para creer que había cometido un error grave.

Pero siete años... Eso es lo que se suponía que duraría su contrato. Siete años y tendría la opción de renunciar. Pocos han vivido lo suficiente para

renunciar y aquellos que habían alcanzado los siete años casi siempre vieron como su enrolamiento se extendía por culpa de algún tecnicismo. El día que le llegó su orden de extensión, Jake decidió que había alcanzado su límite.

Ya había cumplido con su deber, estaba exhausto y no le quedaba energía para seguir combatiendo. No tenía una familia que lo esperaba: todos habían muerto en un ataque zerg. Se había enrolado en el ejército cuando era adolescente. Uno podía soñar con algo mejor (los soldados siempre sueñan) pero *no había* nada mejor. No había nada más que *esto*.

Jake había ascendido, a fuerza de trabajo, de navegador a copiloto, de copiloto a piloto. Hasta era oficial de entrenamiento, con todas las responsabilidades y beneficios que eso implica. El rango le dio acceso a información suficiente para darse cuenta de que el universo es más grande de lo que la mayoría comprende. Había visto muchos mundos diferentes, los estériles y los abundantes, los hermosos y los feos. Sabía que había posibilidades, más de las que el ejército reconocería jamás.

Así que estudió los mapas estelares, estudió la astrofísica y la dinámica solar. Sus superiores notaron sus intereses extracurriculares. Les dijo que su meta era hacer una carrera en planeamiento estratégico y contramedidas, por lo que le dieron acceso a las bases de datos de exploración y cartografía espacial, todo lo que las sondas de vigilancia sideral habían descubierto a cientos de miles de años luz a la redonda, una esfera de conocimiento en expansión.

Discretamente, Jake organizó la información con las condiciones necesarias para elegir un planeta habitable. Algunas estrellas eran demasiado grandes o del color equivocado. Algunas emitían demasiada radiación. Pero la estrella del tamaño correcto, la estrella del color correcto, era el lugar

indicado para buscar un mundo como Ricitos de Oro. Sus superiores pensaron que Jake estaba evaluando las probabilidades de una infestación zerg. El Enjambre había estado muy tranquilo desde la Guerra de las Colonias; a pesar de ello, sus superiores lo aprobaron. Es bueno planear a largo plazo. Lo que no sabían era que Jake estaba planeando para *su* largo plazo.

La oportunidad le cayó de sorpresa. Jake todavía no se había decidido por un sistema solar, todavía no había limitado sus opciones. Seguía considerando una variedad de candidatos posibles, cercanos y lejanos, y todavía tenía que determinar qué tan lejos se tendría que ir para que perseguirlo dejara de ser económicamente viable.

Pero entonces atacaron al convoy. La batalla hizo erupción a su alrededor. Solo, en el puente, soñando ya con las posibilidades... Antes de que tuviera tiempo de pensar, actuó.

No tuvo tiempo de despertar al capitán; levantó la tapa plástica y aplastó el botón rojo. Las alarmas se dispararon por toda la nave; los tripulantes se lanzaron a las cápsulas de escape; en tres minutos, la evacuación estaba completa y Jake se convirtió en el último hombre a bordo.

Le llevó menos de treinta segundos poner la nave en un rumbo nuevo y escapar de la zona de combate. En la furia de la pelea, casi nadie lo notó. Fue más tarde, cuando se revisaron todos los registros de los navíos sobrevivientes, que se dieron cuenta de que una de las naves colonizadoras había desaparecido; no había sido destruida: se había ido. Pero la única forma de que eso podía haber ocurrido era que hubiese quedado algún sobreviviente. Jake había visto el ataque y lo más probable era que no se hubiera salvado nadie.

Estaba solo. Estaba libre. Estaba *aquí*.

Y esto era Ricitos de Oro.

Perfecto.

Jake dejó que la adjutora masticara y procesara números y datos por unos días más mientras él preparaba un saltacharcos. No sabía lo que iba a necesitar, así que se preparó para todas las diferentes eventualidades que surgieron en los simulacros de aterrizaje estándar, sumadas a todas las posibilidades locales que proyectó la adjutora, especialmente cualquier situación que pudiera impedirle volver a la nave colonizadora.

También pensó en enviar la nave grande al corazón del Sol para destruir la evidencia de su llegada. Pero era una decisión que no necesitaba tomar hoy. Además, podía haber alguna razón desconocida por la que Ricitos de Oro era otro planeta incorrecto. El término técnico era *sorpresas*.

Ya había descartado el continente principal. Demasiadas cosas grandes y hambrientas. Pero... había un archipiélago en el oeste, lo suficientemente cerca del continente para que siguiera siendo accesible y lo suficientemente lejos para mantenerse aislado. La más grande de las islas, en la punta sudeste del archipiélago, parecía ser el lugar perfecto. La isla tenía forma triangular, sus vértices eran los conos pronunciados de tres volcanes, dos de ellos inactivos. El último (el más grande, que todavía ardía) era tan alto que tenía nieves eternas, hasta glaciares. El agua de deshielo proporcionaba irrigación durante todo el año y probablemente algunas aguas termales. Las corrientes tropicales del sur mantenían cálidos los mares y los vientos del norte

empujaban las nubes contra las pendientes del oeste todos los días, donde el aire frío causaba lloviznas casi todas las tardes.

Estudió la isla grande concienzudamente. Varias vistas imponentes atravesaban los monitores gigantes. Si había algún problema, necesitaba encontrarlo ya mismo pero, cuanto más revisaba, más lo atraía la isla.

Las sondas exploratorias revelaron matas de vegetación exuberante esparcidas por todas las pendientes de las islas, árboles frutales altos y otros más altos aun con hojas anchas, perfectas para refugiarse, y florestas repletas de helechos y césped y plantas trepadoras. Del cauce de unas cascadas centelleantes surgía una red de arroyos y estanques. Había por lo menos seis ecosistemas diferentes en las islas, determinados por la altitud, los patrones de viento prevalecientes y el flujo del agua. En los lugares en que las distintas zonas se chocaban, ocurrían fenómenos evolutivos acelerados. Eso significaba formas de vida híbridas saludables.

Escaneos adicionales revelaron pájaros e insectos: más grandes de lo que estaba acostumbrado pero no parecían ser tan peligrosos como lo que deambulaba por el continente. También había una variedad de anfibios, animales pequeños y hasta algo que parecía un jabalí. Los mares estaban repletos de peces de todos los tamaños, incluidas varias especies enormes. Pero no había problema con eso; Jake no planeaba ir a nadar en esa zona. En la costa norte, algunas de las olas llegaban a los sesenta metros de altura. Era intimidante; Jake nunca se había metido en nada más profundo que su bañera.

No podía decidirse por un nombre para la isla. ¿Pax? ¿Aloha? ¿Shalom? ¿Santuario? ¿Isla Grande? Ninguno le parecía correcto. Pero podía esperar. Tal vez la isla le revelaría su propio nombre con el tiempo.

Pero también había otras posibilidades y no pensaba tomar ninguna decisión apresurada. Había planeado esto durante tanto tiempo y había llegado tan lejos. Así que volvió a revisar el continente una vez más, con cuidado. Estudió una laguna pequeña que había en la costa oeste del extenso continente, refugiada por riscos escarpados que la mantenían aislada. Y un lago con forma de coma en la región montañosa del norte, lejos de los patrones migratorios. Hasta analizó un risco pedregoso atacado por tormentas en el hemisferio sur que era tan inhóspito que ninguna persona racional osaría explorarlo. Al final, Jake seguía siendo atraído una y otra vez a las islas. Tal vez algún día exploraría el continente pero por ahora las islas le resultaban tan seguras como atractivas.

Pero, aun con el saltacharcos totalmente cargado y programado con las coordenadas de la pendiente al oeste de la isla, Jake seguía dudando. Volvió al puente para dar un vistazo más, hacer un escaneo más, un análisis más, una revisión más de los datos: una oportunidad más para encontrar una razón para dudar.

Estuvo sentado en la silla de comando por más de una semana, discutiendo consigo mismo, discutiendo con la adjutora, comiendo sándwiches de karak y tomando un café tras otro, apretando los labios, frunciendo el seño, pensando, estudiando, debatiéndose, discutiendo lo positivo y lo negativo, los méritos y deméritos hasta que finalmente se dio cuenta de que la situación no iba a cambiar, sin importar cuánto la analizara. Tal vez la isla era idílica, tal vez no. Nunca lo sabría si se quedaba sentado ahí, preocupándose.

Por un momento, llegó a pensar en volver con la nave. Todavía estaba a tiempo. Podría decir que había alejado la nave del convoy para evitar que la

destruyan. Pero eso no explicaría por qué ordenó la evacuación o por qué los registros imborrables mostrarían su vigilancia larga y detallada de este planeta. Bueno, podría argumentar que, una vez que llegó aquí, pensó que debía escanear el planeta para una posible colonización. ¿Le creerían? Probablemente no.

No, ya estaba comprometido con este destino: se había comprometido desde el momento en que había aplastado ese botón enorme y rojo de la alarma. Ya no había manera de evitar una corte marcial, probablemente un pelotón de fusilamiento. Si regresara, jamás volvería a tener una oportunidad como esta. Se quedaría con la intriga.

Finalmente, frustrado consigo mismo, llegando a la conclusión de que la inacción no producía ningún resultado útil, habló en voz alta. —Quedarse sentado no sirve de nada, Jake. Mueve ese culo gordo y vamos.

Tampoco era ahora o nunca. Esta ventana de lanzamiento se cerraba; en dos horas, habría otra y así cada dos horas. Pero ya no quedaba nada más que hacer, no quedaba nada a bordo de esta nave para Jake. Uno puede estudiar una situación durante una cierta cantidad de tiempo. Después hay que actuar. Había planeado este escape durante siete años. Esto es lo que buscaba. Esta era la materialización de la promesa que se había hecho.

Antes de notarlo conscientemente, se había parado y se estaba moviendo. Desechó su última comida y ordenó a la nave que entrara en modo de suspensión, luego bajó hasta la plataforma de lanzamiento. Echó un último vistazo atrás: si todo salía como lo había planeado, él sería la última persona en ver esa nave.

—Adiós, Jake —dijo la adjutora—. Yo mantendré la nave hasta tu regreso.

—Sí, tú haz eso.

Abordó el saltacharcos y, con cuidado, se separó de la nave. En uno de los monitores, Jake vio cómo el navío gigante se alejaba hasta que no fue más que un punto brillante. En el fondo de su cerebro, lo carcomía el pensamiento de que quedaron cosas por hacer que tendría que haber hecho, pero no se le ocurrió nada específico. Y, llegado el caso de que sí necesitara algo, podría enviar una señal a la nave colonizadora para que le enviara un par de las muchas cápsulas de carga que seguían a bordo.

Todavía había tiempo para volver a la nave colonizadora. No estaba obligado a aterrizar aquí. Había muchos mundos fronterizos lejanos que recibirían con los brazos abiertos la llegada inesperada de una nave repleta de suministros como esta. Sería un héroe. Al menos por un tiempo. Hasta que llegara el siguiente navío militar y un colono oportunista lo entregara por la recompensa inevitable. No, era más seguro desaparecer totalmente.

Dejó que pasara la oportunidad de regresar y condujo el saltacharcos hacia la ruta de aterrizaje. Al poco tiempo, los primeros hilos de la atmósfera superior comenzaron a pasar por los lados del casco y, segundos después, comenzó el embate. Mientras mantenía firme la nave, usó el incremento de espesor de la atmósfera para frenar y, cada tanto, disparó los propulsores para corregir el curso de la nave.

Bajó la nave rápidamente, la acercó a la isla desde el oeste y luego la niveló sobre la superficie verde y brillante del océano, tan cerca que pudo ver unas formas oscuras, enormes, que se movían en el agua. Desaceleró el saltacharcos justo antes de llegar a la costa.

La arena de las playas relucía con un matiz dorado, salpicado de rosa nacarado. Y luego, las playas daban lugar a unas pendientes amplias de hierba

que subían hacia el cono distante del volcán. Toda la isla era de roca volcánica y, en algunos lugares, el mantillo era tan delgado que los árboles no podían echar raíz. Solo el césped alto, los arbustos y los helechos.

Al fin, Jake aterrizó en una meseta elevada con vista al tramo oeste de la isla. Miró las pantallas y estudió los monitores cuidadosamente mientras que la nave tomaba muestras del aire, las filtraba, examinaba los elementos tóxicos y las bacterias, hongos, virus o priones que pudieran ser dañinos. Podrían pasar varios días antes de que el sistema admitiera que Jake podía salir del saltacharcos sin un traje aislante. El traje garantizaba aislación contra organismos infecciosos hasta Clase Seis pero esa garantía era inútil aquí fuera, donde el servicio de atención al cliente no estaba disponible. No. Esperaría hasta que el laboratorio a bordo terminara de preparar las vacunas apropiadas.

Activó las sondas de tierra y aire y las envió a explorar la isla. No iría a ningún lado sin mapas detallados del terreno. Eso le podría llevar una semana o dos.

Había habido otros planetas en su lista de candidatos. Algunos estériles: lugares con atmósfera apenas respirable, lugares en que la tierra firme todavía no estaba totalmente formada y las únicas formas de vida eran algas, hongos y líquen. Otros habían sido analizados y eran habitables pero a Jake le preocupaba qué o quién podía terminar instalándose en esos planetas. No, este planeta le hacía una promesa de soledad. No se aburriría. Tenía su música, sus digitomos y sus holovideos.

Pero no quería esperar: se subió a un VCE y comenzó a recorrer lentamente la zona de aterrizaje, reconociendo el área. Le quedaban unas pocas horas de luz pero podía empezar a distribuir los delimitadores de un

campamento base. Con un VCE podía limpiar el terreno, instalar cámaras y luces, una variedad de sensores, un perímetro de seguridad y hasta un par de torretas automáticas. Esas probablemente fueran innecesarias pero eran parte del procedimiento estándar. Dudaba que las armas fueran a hacer falta para algo más grande que un escorpión o un mosquito. Sin embargo... haría todos los preparativos cuidadosos. Había estado tan inmerso en la paranoia de la mente militar que era difícil parar.

El tercer día, construyó un hangar para el saltacharcos: se subió al VCE, descargó los materiales, soldó las paredes prefabricadas y puso el techo encima. Entró en la nave y cerró la puerta. Luego, durmió ocho horas mientras que las cámaras y las torretas automáticas vigilaban el perímetro.

Se despertó a mitad de la noche.

Semidesnudo, con unos shorts y una escopeta Torrente SR-8 con mira infrarroja, salió y echó un vistazo a la oscuridad. El brillo tenue, azul de los faroles no tenían más para revelar que la selva que lo rodeaba, cubierta de matices índigo y negro. Sobre él, las estrellas tintineaban y la más grande de las tres lunas del planeta rotaba lentamente. Levantó el arma, llevó la mira al ojo y giró cuidadosamente en busca de señales de calor. Nada.

Lo que fuera que hubiera oído, ahora era puro silencio.

Una especie de chillido... hecho por alguna *cosa*. ¿Un pájaro, tal vez? ¿Tal vez alguna de esas cosas en el océano salió a la superficie por un momento? ¿Tal vez uno de esos animales que parecían jabalíes? ¿Tal vez había depredadores que se alimentaban de esos animales? Según la lógica, tenía que haber algo. Pero la lógica se limitaba a los hechos disponibles y los hechos disponibles se limitaban a la tecnología disponible para estudiarlos, y Jake tenía menos de la que había disponible. Hay un dicho sobre los mundos

nuevos y extraños: son extraños. No más extraños de lo que te imaginas. Más extraños de lo que te *puedes* imaginar.

Se quedó de pie en la oscuridad por un largo tiempo, escuchando. Luego, volvió a entrar, se sentó frente a los monitores de seguridad y reprodujo los sonidos de la noche. La mayoría de las pistas de audio reveló sonidos de fondo inofensivos: el susurro de las olas, el viento y las hojas del follaje que lo rodeaba. Pero no hubo rastros del grito.

Lo había oído en su cabeza nada más.

Pero lo había oído. Sabía que lo había oído. Estaba seguro de que lo había oído.

Se sentó frente a los monitores por mucho tiempo, estudiando el terreno de la isla. Lanzó tres sondas para que circularan el área.

Y tembló.

El grito que había escuchado esa noche había sido un rugido crudo y gutural de comprensión repentina, interrumpido abruptamente. No lo reconoció, no lo entendió, no supo qué lo podía haber causado... pero reconoció esa sensación chirriante en su cabeza. Ya la había sentido una vez. No este grito pero otro similar.

Había oído historias sobre cosas del otro lado del sector que tenían poderes psiónicos extraños. Y otras historias, aun más perturbadoras, de humanos que eran reclutados y entrenados para que fueran guerreros psiónicos. Fantasmas. Jake nunca había conocido a un fantasma, nunca había visto a uno en persona. Oficialmente, ni siquiera existían, pero él sabía que sí. Había vivido en primera persona un disparo psiónico por accidente. Había ocurrido en una misión de transporte, una operación ultra secreta.

Había ocurrido al principio de su carrera, en ese momento era un mísero oficial de tercera clase. Pero una nave grande y negra, sin nombre, había necesitado juntar una tripulación rápidamente y él había pasado todos los controles de seguridad. Nadie le dijo nada de la misión pero se daba por entendido que irían a la Academia de Fantasma que estaba en la luna Ursa de Tarsonis. Aunque nadie dijo que había una telepata en una cabina blindada, todos sabían que había una telepata a bordo de una cabina blindada.

Quien sea que fuera, se quedó en su cuarto, lejos de todo el mundo durante todo el viaje. Pero una noche tuvo una pesadilla y, sin ningún tipo de advertencia o aviso, su grito telepático repentino atravesó toda la nave, poniendo de rodillas a los miembros de la tripulación. Hombres y mujeres cayeron al piso, se desmayaron, vomitaron, tuvieron convulsiones, vaciaron sus vejigas e intestinos involuntariamente. El escolta de la telepata, un vaquero solo que no había parecido nada del otro mundo, no dudó: sin decir palabra, abandonó su partida de póker y salió corriendo del comedor. Más tarde resultó que tenía puesto un aparato sofisticado llamado bloqueador psiónico que lo protegió de ese grito terrible. La tripulación de la nave no tenía esa protección. Lenta y dolorosamente, recuperaron el aire y la conciencia. La experiencia del disparo psiónico los dejó aturridos, débiles y temblando.

Durante el resto del viaje, el vaquero mantuvo sedada a la candidata a fantasma. No hubo ningún reconocimiento oficial del incidente pero el capitán dio a entender por lo bajo que la telepata era apenas una adolescente que no tenía entrenamiento y que tenía muy poco control de sus poderes.

El impacto de ese grito arañó las almas de todos los miembros de la tripulación a bordo. El impacto crudo, brutal del disparo los dejó marcados y heridos, y sensibles al más mínimo rastro de fuerza psiónica.

Jake no sabía cuál había sido el trauma original de la telépata, qué pavores infectaron sus recuerdos, qué terrores habían salido a la superficie para disparar su pesadilla, pero, aun cuando él nunca había visto a uno en persona, se sintió seguro de que tenía algo que ver con los zergueznos. En las secuelas de ese momento psiónico horrible, su mente resonó con una agitación incoherente de sensaciones extrañas y terribles, como si hubiese sido asaltado, invadido. Sintió como si en su cráneo se hubiesen grabado a fuego recuerdos nuevos, falsos, de otro, pero recuerdos al fin, de lo que se sentía al ser arrojado a una fosa de una especie de insectos sin cerebro que chirrean y gruñen.

El doctor de la nave, que también era una cáscara temblorosa, advirtió a toda la tripulación de que la resonancia del momento pudo haber dejado en algunos una sensibilidad aumentada al ruido telepático, pero eso fue poco decir. Antes de que la nave llegara a su destino final, tres tripulantes se habían suicidado.

Jake fue uno de los desafortunados. Sobrevivió. Partido al medio, era una llaga viva, uno de los heridos que seguían andando. Afectado emocionalmente, ahora podía sentir el ruido mental de la gente que lo rodeaba. No era claro, solo una cacofonía continua de impulsos de la gente que lo rodeaba, a medio formar, incompletos: miedo, pena, ira, tristeza, resentimiento y, demasiadas veces, pensamientos de lujuria y deseo y emociones oscuras, extrañas. El ruido llegaba en olas lentas, a veces se

elevaba, a veces se disipaba, a veces era más terrible cuando la gente estaba dormida y soñaba, pero nunca se iba lo suficiente para que fuera tolerable.

Fue entonces que Jake decidió definitivamente que escaparía. Tenía que encontrar un lugar donde pudiera volver a sentir quietud, un lugar donde no hubiera otros humanos.

Pero... *¿Este grito...?* Aquí y ahora. No había sido humano. De eso, Jake estaba seguro. Fue otra cosa. Algo que podría haber sido animal, podría haber sido un insecto, podría haber sido algo sin mente, podría haber sido algo divino. Pero lo que hubiera sido, era irresistible.

A la mañana, antes de que el sol naranja limpiara el horizonte, Jake ya estaba despierto y listo. Se puso su armadura liviana, tomó una AGR-14 personalizada e improvisó una manera de proyectar dataenlaces en el visor de su casco. Había pasado largas horas del camino hasta este mundo reconstruyendo y modificando cada pieza del equipamiento que lo frustraba. Y eso pasó con casi todo. Se subió a un buitre, respiró hondo y murmuró "Bien, a rodar".

El buitre era perfecto para explorar y patrullar: una moto flotante de blindaje liviano, de una sola persona, veloz y confiable. Los modelos coloniales se podían pilotear hasta a un kilómetro por encima del nivel del mar y podían alcanzar velocidades de hasta 370 kilómetros por hora. Jake había cargado tres de esas en el saltacharcos, con repuestos.

Durante seis días revisó las islas, buscando en su cabeza los sonidos cacofónicos de... lo que sea que pudo haber gritado a la noche. Durante seis noches patrulló los cielos, explorando el follaje con dedos de luz azul. Nada.

En el séptimo día, descansó. Aterrizó el buitre al lado del hangar y notó que las primeras plantas trepadoras ya exploraban la superficie del techo. En

meses, crecerían hasta cubrirlo con tallos negros, gruesos, y una manta de hojas azules y negras más gruesas aun. Iba a ser un buen camuflaje contra ojos curiosos.

El lunes, Jake volvió a revisar las células de combustible de su buitre y despegó otra vez. Volvía al lado norte de la isla para investigar las pendientes del volcán más alto, que se elevaba en el horizonte como una torre de refrigeración gigante. La gravedad al 90% de este mundo fomentaba que todo creciera más grande, más alto. Los médanos y las olas eran pronunciados porque el ángulo de reposo era más grande. Las montañas eran más rectas y escarpadas. Los conos de los volcanes se extendían hacia el cielo como torres; las laderas eran casi verticales. Los insectos y los animales también eran más grandes. El calor intenso del día permitía a los animales sin homeostasis calentarse más rápido y mantener la temperatura corporal. Una atmósfera rica en oxígeno también favorecía a los animales de mayor tamaño: el tamaño óptimo era el de un balón de fútbol, los valores atípicos eran los preocupantes. Podían llegar a ser tan grandes como un estadio de fútbol. Por fortuna, el tamaño de las islas de esta cadena no alcanzaba para proveer suficiente vegetación para sustentar siquiera a un rebaño pequeño de los herbívoros que pastaban en el continente.

Además, el terreno formado volcánicamente era escabroso y desparejo. No favorecía la migración. Ni siquiera la exploración ocasional. Sin el buitre, gran parte del paisaje hubiese sido inaccesible para Jake. Había lugares que no podría haber visto, características que habrían quedado sin descubrir.

Particularmente...

Ambos cráteres dormidos estaban plagados de tubos de lava, túneles naturales formados por arroyos de lava fundida. A medida que los torrentes

habían corrido cuesta abajo, los bordes se habían ido endureciendo, lo que dejó unos túneles largos de roca volcánica oscura. Erupciones posteriores habían formado techos gruesos sobre muchos de los tubos de lava. La mayoría de los tubos tenía el ancho suficiente para que entrara el saltacharcos. Si Jake hubiese sabido que había esos tubos, se habría ahorrado el esfuerzo de construir un hangar en la zona de aterrizaje. Un tubo de lava habría ocultado mejor el saltacharcos de cualquier vista aérea. Si hubiera sido lo suficientemente profundo, hasta habría servido de búnker a prueba de ataques. Tendría que explorar estos túneles meticulosamente pero no hasta que encontrara la fuente del grito psiónico.

Primero lo primero.

De vez en cuando, Jake detenía la moto para lanzar otra sonda. Las sondas silenciosas y pacientemente explorarían su entorno, buscarían, escucharían y llevarían todos los datos obtenidos al campamento. Algunos explorarían activamente; otros quedarían suspendidos y se activarían si algo los molestaba. Si había algo en la isla que desafiara una detección fácil, Jake lo encontraría. Si no era ahora, en algún momento.

A la tarde, mirando hacia el norte, Jake vio que el horizonte se oscureció rápidamente. De vez en cuando, algún relámpago parpadeaba entre el mar y el cielo.

—Qué mierda —dijo Jake en voz alta. Había olvidado una de las primeras reglas de cualquier cosa: no te involucres tanto en lo que haces al punto de olvidarte de lo que estás haciendo. Había olvidado prestar atención a la pantalla meteorológica.

El peligro se hizo evidente al instante. La línea ancha del chubasco se acercaba a él a una velocidad increíble. Era de entenderse. Todo en este

mundo era más grande de lo que él había imaginado. Esto no era un simple chubasco: era una supertormenta. Era imposible volver al campamento antes de que lo alcanzara. Tendría que encontrar un refugio más cercano y esperar que pasara.

Su primer impulso fue ir al lado de sotavento del volcán pero se dio cuenta casi inmediatamente de que estaría igual de indefenso a los elementos cuando la tormenta pasara para el otro lado.

No, había una única posibilidad. Puso el buitre en marcha hacia el tubo de lava más cercano. Había estado planeando explorar algunos de los túneles más grandes algún día. Lo que nunca pensó es que ese día llegaría tan pronto.

La tormenta no lo tomó totalmente por sorpresa. Sus números le habían dicho que el planeta era capaz de presentar climas extremos pero sin estudios a largo plazo de los patrones de viento y clima, no tenía manera de conocer la frecuencia de las supertormentas. Este planeta necesitaba una era de hielo para enfriarse. Todo ese calor, el mismo calor que favoreció a una atmósfera rica en oxígeno y fomentó que hubiera plantas y animales gigantes, también favoreció la evaporación masiva de agua de la superficie del océano y la presencia de unos vientos terribles que lanzaban las enormes nubes supersaturadas resultantes contra cualquier montaña que se le cruzara. Esta no era una simple supertormenta: era una tormenta perfecta, un huracán arrasador de proporciones colosales.

Para cuando llegó al tubo de lava, el viento ya se estaba levantando y sacudía al buitre incontrolablemente. La entrada a la cueva era un agujero en un risco totalmente vertical, parcialmente bloqueado por follaje que colgaba. El cielo sobre él ya se oscurecía, los primeros relámpagos se disparaban y unas gotas pesadas bombardeaban el toldo del vehículo. Jake se aferró con

firmeza a sus controles y, con cuidado, hizo que el buitre atravesara las enredaderas y entrara al túnel. No bien salió del viento pudo dejar que el impulso lo llevara por el tubo. Con unos empujoncitos de los propulsores bastaba. Sus luces exploraban la penumbra pero lo único que revelaban eran paredes pulidas de obsidiana. Una miríada de reflejos centellaba en el vidrio volcánico oscuro.

Cincuenta metros adentro, Jake permitió que la moto tocara el suelo del túnel. Le pareció que estaba bien adentro. De no ser así, podía adentrarse más en la montaña. No tenía ni idea de cuánto más se extendía esta cueva pero los sensores del buitre revelaban que quedaban, por lo menos, cien metros más. Más allá de ahí, el análisis era impreciso.

Jake se bajó del buitre. Levantó el visor de su casco y respiró hondo. El aire ya olía a mojado. Aun tan adentro del tubo de lava, se sentía una ráfaga que llegaba desde la entrada. La abertura brillaba como un círculo de luz, ya se oscurecía y cada tanto parpadeaba por algún relámpago que no podía ver. Se acercó justo lo suficiente para que la tormenta lo rociara. Ya estaba entrando con fuerza, por momentos atacaba horizontalmente y empapaba las paredes del túnel. El agua caía más rápido de lo que se podía drenar. Jake se preguntó si debería llevar el buitre más adentro del tubo pero, volviendo a subir la pendiente, le quedó claro que el agua no llegaría hasta ahí. Estaba resguardado de lo peor de la tormenta.

—Bueno, qué mierda —dijo Jake—. Esto no estaba en mis planes. — Abrió el toldo trasero del buitre e inspeccionó sus suministros. Tenía comida y agua para tres días, una semana si era frugal. No necesitaría la tienda pero el rollo para dormir iba a ser más cómodo que el piso duro de la cueva. Si era cuidadoso, no necesitaría el botiquín. Verificó el casillero de armas: todo el

arsenal ya estaba cargado. Dudó que fuera a necesitar un arma aquí. No: esperó que no la fuera a necesitar. —No hagas suposiciones —se recordó a sí mismo—. Gusanos tuneleros. Basta con uno para arruinarte el día entero.

Ponderó el AGR-14: no era lo que se llamaría un arma liviana pero era efectiva. Usaba aceleración magnética para disparar remaches a velocidades supersónicas mientras rugía intimidantemente. Los cartuchos favoritos de Jake eran los incendiarios. —Mejor prevenir que morir —decidió. Se llevó el AGR-14 y dos cintos de municiones extra. Lo pensó un instante y agregó una tira de granadas incendiarias. Por las dudas.

Encendió su linterna y revisó la energía que le quedaba. Volvió a revisar las pantallas emergentes que había instalado en el visor de su casco, que le permitía ver las reservas de energía, los monitores del sistema, el bioescán y el estado del buitre en caso de que tuviera que escapar de la cueva rápidamente. Todo brillaba en color verde. No le gustaba nada la idea de tener que escapar de la cueva rápidamente. Dudó que pudiera haber algo en el túnel más peligroso que el huracán que hacía estragos afuera pero, si llegaba a estar equivocado, no se quería enterar por las malas.

Comenzó a caminar cuesta arriba. El tubo de lava tenía una pendiente pronunciada; difícil pero no imposible. Uno pensaría que, en la gravedad estándar de 0,9 que tenía el planeta, la lava fundida hubiese fluido más lentamente pero, en cambio, el ángulo más pronunciado del cono volcánico hizo que la lava fluyera más rápido. Sus escaneos iniciales habían revelado redes enteras de túneles. Aparentemente, a medida que el cono del volcán en erupción se fue elevando, los tubos de lava se formaron uno encima del otro, a

veces doblando y enredándose como tallarines. La física de su formación hubiese hecho felices a generaciones de geólogos.

El sonido de sus pasos rebotó en las paredes pulidas de la cueva, hizo eco como si estuviera en una ducha. Si hubiese habido algo con vida en el túnel, habría oído a Jake antes de que lo alcanzara. En cambio...

De vez en cuando, Jake se detenía para escuchar. Detrás de él, a lo lejos, la tormenta seguía arrasando. El brillo tenue de la entrada se había desvanecido y había desaparecido. Ni siquiera se veía la intermitencia de los relámpagos, aunque ocasionalmente se sentía el crujido de algún trueno que vibraba a través de la montaña. Los rayos afuera serían horripilantes.

Pero no oyó nada. Al menos, no con sus oídos. A pesar de eso, estaba empezando a sentir una resonancia incómoda en el estómago, una sensación inefable que lo carcomía como si fuera ansiedad o hasta hambre pero que se sentía como algo más profundo.

Su pie patinó. Iluminó hacia abajo con la linterna. Había unas rocas sueltas. No tenía sentido. Pero también había unos riachuelos de agua. La montaña debía de estar llena de rajaduras que la erosionaban por dentro lentamente. Era posible que hubiera un sistema entero de drenaje, tallado por milenios de tormentas.

Jake sopesó las posibilidades. Se podía esconder una instalación militar entera en este volcán: fábricas, cuarteles, arsenales. El pensamiento lo hizo estremecerse. De eso mismo era de lo que había escapado: el zumbido desalmado de la eterna preparación para la violencia.

La pendiente del túnel se hacía más pronunciada aquí. De vez en cuando, tenía que detenerse a tomar aire. Y tenía que tener más cuidado de dónde pisaba. Pero, aun así, no se dio cuenta de lo que estaba pisando hasta

que sintió que le raspaba la suela de la bota. No se dio cuenta hasta que oyó el chillido metálico.

Miró hacia abajo.

Brillaba como el oro. Más que el oro. Un matiz de luz que era tan hermoso como antinatural. Una esquirra de algo metálico pero que no era exactamente metal.

Al principio, pensó que era la hoja de un cuchillo, o hasta una espada, pero tenía una curva grácil. Se inclinó para examinarla más de cerca. La empujó con el pie. Se agachó y exhaló violentamente mirando a esa cosa con auténtica molestia. No por lo que era sino por lo que representaba.

La tocó tentativamente, muy consciente de que podía ser una especie de máquina que estaba esperando que la activaran. Era como la parte más delgada de una gota.

—Qué mierda —dijo Jake—. Qué mierda de mierda.

Se puso en cuclillas y estudió esa cosa, mientras deseaba que fuera otra cosa, que estuviera en otro lugar. Si no hubiese sido por esa tormenta, habría volado de ahí inmediatamente. Habría vuelto al campamento a toda velocidad, cargado su equipo en el saltacharcos y despegado a la nave colonizadora. Ya estaba planeando su retirada. Se iba a tener que ir de esta isla, de este planeta, de este sistema.

Jake conocía esa cosa. Sabía lo que era. Había visto algo parecido en un museo de reliquias de campos de batalla. No era lo mismo pero también estaba hecho de eso que no era exactamente metal. El mismo amarillo nacarado intenso. El mismo brillo immaculado. Sin óxido, sin abolladuras, rayaduras ni quemaduras. Solo una esquirra de algo que se había retorcido hasta que finalmente cedió.

Metal protoss.

Jake no estaba solo.

Se obligó a respirar lentamente. Contó hasta diez. Hasta veinte. Hasta ciento ochenta. Tal vez estaba sacando conclusiones apresuradas. Tal vez había otra explicación. El metal protoss no se deteriora, no se erosiona. Tal vez esta pieza había estado desde hacía años, siglos... hasta milenios, posiblemente. Tal vez ese protoss había pasado por aquí y, al no encontrar nada útil, había seguido su camino.

Jake recogió la esquirra reluciente y la miró mientras la giraba una y otra vez con sus manos enguantadas. No. Esto no era algo que había sido descartado. Era algo que cayó, retorcido y roto como los pedazos de los museos de batallas. Solo que esta pieza tenía dos cortes profundos y arañazos en todo un lado. Parecían marcas hechas por dientes o garras.

—Qué mierda de mierda con mierda —dijo Jake—. La peor —y dijo en voz alta:— No estoy solo. Aquí estuvieron unos protoss. Y perdieron una pelea contra otra cosa, aquí también.

Le empezaron a doler las rodillas por estar en cuclillas. Con eso que no era exactamente metal todavía en la mano, se incorporó. Podía seguir hacia arriba, más adentro del volcán... o volver al buitro y hacerle frente a la supertormenta. O podía quedarse ahí sentado, paralizado por la indecisión: la misma clase de indecisión que lo mantuvo en los controles de la nave colonizadora durante una semana hasta que finalmente se forzó a descender a la superficie del planeta.

Si se volviera ahora, nunca sabría qué clase de peligros podrían acechar dentro de la montaña. Nunca sabría qué había causado ese grito de

medianoche. Si seguía hacia arriba... bueno, por lo menos sabría a qué se enfrentaba, si se quedaba o evacuaba.

Si es que sobrevivía al encuentro.

—Qué mierda —dijo Jake. Podría haber dicho otras cosas, pero *qué mierda* le parecía lo más apropiado.

Los siguientes metros de la subida fueron pronunciados pero el tubo de lava se niveló abruptamente y se abrió a una cámara vertical enorme. La linterna de Jake tanteó la penumbra con su dedo de luz azul. El suelo del espacio abierto era un revoltijo rocoso; el techo era un domo pulido pero eso no fue lo que llamó su atención.

En este lugar había ocurrido una batalla, una grande. Las paredes de la cueva estaban calcinadas y el suelo tenía eso que no era exactamente metal desparramado por todos lados. La mayoría era dorado; un poco era plateado. Jake no era experto en tecnología protoss pero creyó haber reconocido algunos de los fragmentos plateados: podían ser las patas rotas de esas cosas que se llaman "persecutores". Las otras piezas, de amarillo brillante, podían ser los restos de esas máquinas de guerra más grandes conocidas como "inmortales".

Tendría que haber estado fascinado, hasta pasmado, por ver máquinas de guerra protoss pero no fue así. La visión de toda esta carnicería metálica lo dejó trastornado y ansioso. Es que sugería (no: demostraba) que había algo horrible en este mundo, algo lo suficientemente jodido para hacer pedazos a protoss con blindaje pesado.

—Qué mierda —dijo Jake—. Mierda, mierda, mierda. —De todas las palabras que Jake había dicho desde que aterrizó, *mierda* era la que más había usado según las ventanas emergentes de su visor.

Destrabó una consola de su cinturón y envió una nube de microespías hacia la cámara grande. Los dispositivos propulsados eran de tecnología umojana; los había pagado caro en el mercado negro porque sabía que algún día le serían útiles. Inmediatamente comenzaron a dar vueltas con lentitud, escaneando, midiendo, escuchando...

Hasta que un haz de luz azul brillante se encendió del lado opuesto de la cueva y parpadeó yendo de un microespía al otro, desintegrándolos en intermitencias cegadoras.

Jake saltó hacia atrás, hacia la oscuridad, aun sabiendo que no serviría de nada. Lo que fuera que acababa de incinerar a sus microespías seguramente ya lo tenía en la mira a él también. En medio de la descarga caliente de adrenalina que le arrasó las tripas, el pecho, el corazón, comenzó a darse cuenta de que estaba vivo porque eso de allí *quería* que estuviera vivo.

Inspiró hondo una vez, dos veces, tres... luego dio un paso adelante. Correr habría sido el peor de los errores.

En el otro extremo de la cueva, del otro lado de la cámara, donde otro tubo de lava se abría hacia ese espacio enorme donde él estaba (o tal vez fuera una continuación de *este* tubo de lava) algo brilló. Algo alto. Algo inhumano.

En ese instante, Jake supo repentinamente que tenía mucha suerte... y también muy poca. En este momento, era uno de los poquísimos humanos del sector que llegaron a estar cara a cara con un protoss. La razón de que hubiera tan pocos era que la mayoría de los que alguna vez estuvieron frente a un protoss no han sobrevivido al encuentro.

—Eh... hola —dijo él. Levantó la mano derecha en un intento de saludo.

Lassatar estudió a la criatura que tenía frente a él. Había estado al tanto de la presencia de esta criatura en la isla desde el día en que llegó. Ahora, aquí en esta caverna, podía examinarla finalmente.

Humano. Revestido en tecnología primitiva. Se creía poderoso. Poseía una pseudoconciencia que envolvía un núcleo de arrebatos primales... Miedo, más que nada. Era un imperativo biológico que pretendía tener pensamiento, hasta aspiraba al pensamiento verdadero, pero que en realidad no era más que una máquina orgánica movilizada por una maraña burda de hambre, miedo, furia y deseos incómodos, confusos.

Deseaba intimidad pero le temía a la conexión con los de su propia especie. Deseaba conocimiento pero le temía al descubrimiento. Deseaba cambio pero le temía a la acción. Deseaba paz pero le temía a la muerte.

Deseaba conciencia, ansiaba una luz que apenas podía percibir pero tenía miedo de abandonar esa existencia bestial que lo tenía atrapado en una jaula de emociones. Era más reacción que acción.

Todo eso y menos.

Que los humanos hubieran alcanzado la tecnología de transposición era más una prueba de lo fácil que es entender este universo que de la existencia de inteligencia en esa especie. La especie humana todavía no había terminado de evolucionar y probablemente nunca lo haría. Se autodestruiría antes de tener la oportunidad de crear su propio estado existencial superior.

No obstante, la pasión pura de estas criaturas les daba un conjunto de habilidades aterradoras. Podían crear casi con la misma ferocidad con que destruían. Había una mente allí. Y, para este templario oscuro, el potencial

humano era un interrogante tentador, que merecía enormemente ser tenido en cuenta.

Si compartes una galaxia con otra forma de vida, es o un compañero o un azote. No existe la neutralidad. Si la relación no es de contribución mutua, entonces será de guerra eterna y destrucción. La vida es inevitable. Los recursos son finitos. El resto queda como ejercicio para el aprendiz.

En el instante breve entre la destrucción de los microespías y el momento en que la criatura levantó su mano para saludar, Lassatar barajó mil opciones. Su curiosidad aplacó todas las demás.

Ya había experimentado con humanos anteriormente, la mayoría eran violentos, pero un encuentro fortuito en un mundo trivial lo había hecho reflexionar sobre las posibilidades de que esta especie inacabada tuviera una conciencia real. ¿Sería posible entrenar su mente primitiva y brutal? ¿Se podría estimular el progreso de este animal? ¿Podría aprender las responsabilidades más profundas de las tecnologías que creó? ¿O sería como los herbívoros gigantes del continente: un callejón sin salida de la evolución, condenado por su propia biología a comer y ser comido eventualmente, sin ninguna capacidad real de comprender su participación en el proceso del tiempo?

La criatura ante él, aquí y ahora...

Lassatar reconoció una afinidad curiosa.

Como él, la criatura había elegido separarse de su propia especie. Los humanos hacían eso a menudo y, a menudo, sin razón aparente.

En una primera consideración, no tenía sentido. Ese comportamiento no parecía tener valor evolutivo alguno. Separado de la tribu, la manada, la familia, la habilidad de supervivencia de una unidad solitaria se reducía

considerablemente. Incluso la coraza dura de la tecnología pocas veces era protección suficiente contra las fuerzas crudas del universo. Y si la unidad solitaria viajaba sin pareja, sin la capacidad de reproducirse, entonces la acción era biológicamente fútil.

Pero, si bien el valor evolutivo no era aparente de inmediato, seguía siendo inherente. De lo contrario, el comportamiento no habría seguido ocurriendo, se habría dispersado de la especie rápidamente. Estaba claro que existía un valor de supervivencia para el acervo génico mayor en el hecho de que algunos de sus miembros se lanzaran a la exploración y el descubrimiento. Ese comportamiento podría funcionar como una vía hacia el desarrollo de un pensamiento superior dentro de la especie: un sendero hacia el crecimiento de una mente consciente de verdad. Hasta podría ser un disparador evolucionario tan profundo como el andar erguido o el uso de herramientas.

El futuro de la humanidad era un tema que los ancianos protoss discutían ocasionalmente. Los humanos eran una anomalía curiosa, una especie atrapada en la cúspide de la posibilidad. Atrapados entre sus impulsos biológicos intensos y la posibilidad de una conciencia verdadera, los humanos eran un interrogante en proceso de preguntarse a sí mismo. La resolución del dilema podría ser interesante pero no ameritaba ser considerado seriamente, no hasta que la amenaza de los zerg fuera eliminada por completo. Sin embargo, cualquier encuentro sería una pieza más en la estructura creciente del pensamiento.

Lassatar era un guardián de secretos, un protector de misterios ancestrales y veía su deber como una responsabilidad sagrada. Más que eso: como una identidad. Lassatar sintió que su trabajo le exigía ser el espíritu en

vida de la herencia protoss. No le bastaba con ser un guardián solamente. Necesitaba ser una personificación viviente: necesitaba ser un acceso a los poderes y habilidades del pasado.

Creía en que los misterios y secretos del pasado ancestral eran significativos y que tenían un sentido profundo para los protoss de hoy. La vida era mutable. Los primeros protoss lo sabían: no solo como teoría, también para su aplicación real.

La vida *evolucionaba*. Cambiaba. Se desafiaba a sí misma y se adaptaba a cualquier circunstancia que la rodeaba. Para una mente superior, los procesos eran hermosos y crueles y poderosos. Para una mente superior, una que piensa en términos de milenios, la evolución era una herramienta y los primeros miembros de la especie protoss la usaron con destreza. Practicaron la aplicación de las presiones evolucionarias para mantener y controlar los ambientes de los mundos que reclamaban. Muchas veces, elevaron ecologías enteras de ser primales a ser estables.

Mientras estudiaba los procesos ancestrales, Lassatar había reflexionado brevemente en cómo esos misterios podrían aplicarse hoy. Por ejemplo, ¿se podría *eleva*r a los humanos hasta una conciencia verdadera? ¿Se volverían compañeros útiles en la guerra contra los zerg después de eso?

Era una pregunta interesante pero ninguna autoridad protoss era apta para considerarla en detalle, mucho menos ejecutarla. Los humanos eran propensos a emociones descontroladas y violencia. Ni siquiera la conciencia verdadera les quitaría ese núcleo de existencia emocional. Elevar a la humanidad podría resultar en una especie muy peligrosa, quizás, hasta para los protoss. El riesgo era demasiado grande.

Y... no era una indagación que pudiera asumir por su cuenta sin violar la integridad de su función. Él era el guardián de los misterios, no su amo. No obstante... un evento anómalo lo había forzado a entrar en un terreno de pensamiento diferente.

Había estado buscando una reliquia importante: un artefacto xel'naga. Lo había encontrado cerca de un asentamiento humano de una sola vivienda. Pero al mismo tiempo, también se había encontrado con una niña humana. La criatura le había demostrado una cantidad deslumbrante de inocencia y asombro, rasgos que no habían sido evidentes en ninguno de los encuentros beligerantes en la experiencia protoss.

Pero si un humano inmaduro era capaz... ¿qué sugería eso sobre el resto de ellos?

Lassatar sabía bien que los humanos no habían alcanzado aún la conciencia verdadera, ni siquiera una mera ilusión. En una escala que determinara qué tan consciente de su propia existencia es un ser, los humanos estaban apenas por encima de los insectos. Eran *esclavos* del carácter físico de sus seres, controlados por su química cerebral, manejados por sus propias tormentas hormonales, víctimas de las circunstancias en las que cayeron al nacer. Eran aturcidos por estímulos y funcionaban como criaturas de reacción: máquinas orgánicas simples y predecibles. El hecho de que sus cerebros hubieran evolucionado hacia la capacidad de racionalización era un accidente de la evolución, un proceso que seguía en marcha.

Pero el encuentro con la hembra pequeña y su padre, que se había transformado de un ser violento a un protector cariñoso y compasivo, lo había dejado intrigado y curioso.

La compasión y la empatía son reconocimientos de la existencia de un *otro*, un componente clave de la conciencia, la habilidad de reconocer la existencia de la conciencia fuera del propio ser. Un paso pequeño, pero tal vez el más necesario. Ver este potencial en un humano era algo que demandaba investigación. Y la pregunta que le seguía también. ¿Por qué es que esta capacidad disminuía con la edad? ¿Por qué no maduraba con el individuo? ¿Era debido a esto que la especie fracasaba en alcanzar la conciencia verdadera?

Lassatar hizo la pregunta a sus acólitos mientras analizaba la naturaleza del artefacto xel'naga. Se sabía poco de él y era posible que hubiera un riesgo importante en reactivarlo. No era una tarea que se pudiera llevar a cabo a la ligera.

Así que les dijo a sus acólitos que consideraran la naturaleza del reconocimiento del yo y de la conciencia. *Consideren las cuestiones de la compasión, el reconocimiento de un yo y de un otro. Consideren la naturaleza de la existencia consciente como una función vinculante al tiempo y cómo la memoria crea la historia, la historia crea la identidad y la identidad crea el impulso de supervivencia.*

¿Qué clase de conciencia resultará, preguntó a sus acólitos, *si se eleva una especie?* No especificó en qué especie estaba pensando y tomó la precaución de recordarles sus límites. El trabajo de un guardián era proteger, no aplicar. Sí, la investigación era parte del trabajo, pero no la experimentación directa.

Aun así, los acólitos preguntaron: ¿acaso la experimentación no es parte del proceso de investigación? Ese era un asunto totalmente aparte y uno que Lassatar no estaba dispuesto a seguir. Requería más consideración que la que

quería darle en ese momento. El artefacto xel'naga requería su atención primero.

Así que los dejó con una sola comendación: que consideraran en profundidad los dilemas esenciales de la conciencia, con la certeza de que tal cuestión los mantendría ocupados y lejos de los problemas. Tal vez tendría que haber sido más específico.

Se fue con el artefacto xel'naga a un asteroide remoto y estéril y silenciosamente, pacientemente, metódicamente examinó su historia, su naturaleza y por qué la raza ancestral lo había escondido de forma deliberada. Cuando finalmente lo comprendió, reactivó el artefacto.

Y descubrió...

Lo que descubrió... lo dejó preocupado.

No por lo que era pero por lo que podía ser. No era simplemente el poder que el artefacto xel'naga desató; eran las implicancias de ese poder. ¿Revelaría lo que había descubierto? ¿Podría? ¿Debería?

No eran preguntas que pudiera resolver por su cuenta pero tampoco podía compartirla con ningún otro protoss. Estaba metido en un enigma que podía llegar a consumirlo. No vio ninguna otra posibilidad que el exilio voluntario.

Volvió de su retiro para informar a sus acólitos que tendrían que desbandarse y se encontró con que habían desaparecido. Esa fue la primera vez que usó el poder del artefacto xel'naga.

Lo usó para seguir sus rastros psiónicos...

Lo que encontró lo perturbó. Luego se horrorizó. Luego se entristeció.

Y, si hubiera sido capaz de sentir pánico, también lo habría experimentado.

Sus acólitos habían tomado su comendación y la habían llevado al punto de la locura. Si era posible alterar la estructura genética de una especie para cambiar su comportamiento, ¿podrían modificar a los zerg para que fueran menos peligrosos?

Aquí, separado del cuerpo del pensamiento protoss, lejos de los ojos de la autoridad protoss, los acólitos de Lassatar, silenciosa y metódicamente, habían experimentado con la biología de los zerg. Se habían justificado sus acciones a sí mismos decidiendo que simplemente estaban poniendo a prueba una teoría para poder hacer un informe de su utilidad. Pero además había un orgullo arrogante en su trabajo. Habían sentido que tener evidencia de un esfuerzo exitoso cambiaría no solo la conversación sobre los zerg, sino también toda la metodología de combate. Movidos por la ambición, sus acólitos habían creído que ascenderían a niveles superiores.

Si hubiesen sobrevivido.

La presencia del humano complicó la situación aun más.

Los acólitos de Lassatar habían seleccionado este mundo por la misma razón que el humano. Estaba tan lejos de las fronteras del sector Koprulu que había sido extremadamente improbable que su presencia fuera detectada. Esto hacía mucho más irónico el hecho de que el humano hubiera encontrado la evidencia de sus experimentos.

Tenía que haber sido un accidente.

Si los humanos estaban investigando los experimentos de sus acólitos en este mundo, entonces habrían mandado a más de un explorador.

Así que tenía que ser un accidente desafortunado.

Y no vio al humano como una amenaza; por lo tanto, no había necesidad de actuar contra él. Pero, tal vez...

Lassatar tuvo que dejar el resto de ese pensamiento sin terminar. No podía ver todas las posibilidades de la situación. Todavía no. Había mucho que desconocía. Y todavía no había resuelto el problema del artefacto xel'naga.

Todo el proceso de pensamiento (tanto el contenido como el contexto) pasó por su mente en menos tiempo de lo que le llevó destruir los microespías. Así que, para cuando el humano levantó la mano y dijo "Eh... Hola", Lassatar ya había decidido dejarlo vivir.

Como todos los protoss, no disfrutaba la destrucción de vida gratuita. Era un desperdicio. Permitir al humano que continuara existiendo le daría acceso a oportunidades adicionales. Matarlo sería eliminar esa opción.

Así que retrocedió y se fundió con la oscuridad, desapareciendo de la visión del humano.

—Bueno, eso estuvo raro —dijo Jake. Sacudió la cabeza, desconcertado. Sin saber qué otra cosa hacer, revisó los monitores que flotaban en su visor.

Los monitores estaban todos en verde pero había una interferencia en el fondo. Estática. Ruido. Algo. Tal vez, radiación contextual y nada más. No sabía. Había visto cosas peores. Hasta podía ser el ruido residual del mismo sistema.

O tal vez no.

Jake no tenía tanta experiencia en este mundo y todavía no había invertido ninguna cantidad importante de energía emocional en él. Todavía podía irse. Tal vez debería. Algo había hecho pedazos a esos persecutores e

inmortales. Y él conocía una sola especie capaz de atacar a un protoss... y de infligir un daño considerable.

Si alguna de esas cosas estaba en este mundo, tenía que irse. Esas cosas son la antítesis de toda forma de vida excepto la propia.

A menos que... ¿Y si habían estado aquí y los protoss ya los habían destruido a todos? No, eso era lo que él quería creer. Los fragmentos ineludibles de escombros de la cámara eran pedazos de armadura protoss. Jake no vio ningún pedazo de los atacantes. Lo que hubiera hecho pedazos a los protoss había atacado sin advertencia y los había superado completamente. Había rasguños en las paredes y el piso de la cámara y en algunos de los pedazos de metal pero no eran identificables.

Y además: ¿qué había creado esa cámara? ¿Algún efecto de explosión? No lo sabía. No era experto en tecnología protoss. ¿Y los otros tipos? Eran un misterio más grande aun para Jake.

No, necesitaba concentrarse en la pregunta más inmediata. ¿Por qué seguía vivo?

Al mismo tiempo, si ese protoss de aspecto siniestro no quería matarlo, ¿por qué había destruido sus microespías? ¿Qué clase de amenaza representaban para él? ¿Calor? ¿Ruido? ¿Radiación? ¿Señales inalámbricas? Esos dispositivos umojanos eran más pequeños que mosquitos. Su impacto en el ambiente local debería haber sido indetectable. O, por lo menos, insignificante.

Debería.

¿Tal vez había algo que él no estaba teniendo en cuenta...?

Si los microespías eran detectables de alguna forma, entonces la razón por la que el protoss los había destruido era inexorable. La intención del protoss era impedir que atrajeran a algo más. Algo muy feo.

—Qué mierda.

Jake frunció el ceño, negó con la cabeza y consideró sus opciones. Había elegido este sistema específicamente porque quería estar solo. Este mundo estaba tan lejos de la frontera que había sido inconcebible que pudiera encontrarse con protoss o zerg. Tendría que haber sido un santuario seguro.

—¡Ja! —dijo—. Pero mira cómo resultaron las cosas. —Había encontrado un planeta con ambos.

Parte de él quería huir. Estaba claro que era el curso de acción más defendible. Lo mejor sería volver al buitre, encenderlo, guiarlo hacia la entrada del túnel (sin importar la supertormenta afuera) y despegar no bien tuviera oportunidad.

Y aunque no hubiera una oportunidad, podría despegar al primer ruido de garras en la oscuridad. Sí, tenía más armas en el buitre pero ya había visto lo que los zerg habían hecho a la tecnología muy superior de los protoss. Para Jake, un despegue rápido era la opción más segura y práctica. Pero retirarse al buitre significaría sentarse solo en la oscuridad, esperando mientras su terror aumentaba más y más. Y eso no le sentaba bien. Lo paradójico de la cobardía, notó Jake, es que requiere que uno actúe de manera corajuda para poder evitar las consecuencias horribles que más teme.

En vez de retirarse, tenía que avanzar, siguiendo al protoss misterioso. Sabía poco y nada de los protoss, solo las cosas obvias que aparecían en los noticieros. Pero le pareció que había reconocido que este era un templo oscuro.

A pesar de algunos incidentes conflictivos conocidos, los humanos y los protoss no estaban en guerra y, de hecho, hasta habían cooperado una que otra vez. Hasta donde Jake sabía, la relación era tenue e imprecisa: ni aliados ni enemigos pero, algunas veces, asociados por conveniencia. Se preguntó si esas serían las circunstancias en este caso.

Cruzó con mucho cuidado a través de la cámara esférica que interrumpía el tubo de lava. Hasta donde podía adivinar, una especie de explosión esférica había creado ese espacio. Unos pedazos grandes de roca volcánica le proporcionaron un camino desparejo aunque transitable pero las paredes parecían fundidas. Sea lo que fuera que ocurrió aquí, no sobrevivió nada. Eso explicaba los fragmentos de tecnología protoss. ¿Habían sido sacrificados? ¿O los zerg habían usado a sus bombarderos suicidas... los uetzis? Bichos explosivos. Esa era la causa más probable. El tamaño de la cámara le dio a Jake una buena referencia del poder de la explosión. Y la forma en que las rocas estaban restregadas (casi derretidas) y esos charcos ardientes aquí y allí eran una señal clara de que había habido ácido de uetzi. Dispararle a un uetzi no era una buena idea pero, si no les disparabas, las consecuencias eran peores. Las chances eran desalentadoras hicieras lo que hicieras.

Del otro lado del radio de impacto, donde el tubo de lava continuaba, no había señales del templario oscuro. Se había retirado un tramo largo hacia arriba del túnel. Jake no oyó ningún sonido de batalla. Era de asumirse que podía seguir adelante. Le habría gustado poder activar más microespías pero tenía que haber una razón para su destrucción y no quería averiguarla.

Avanzando por el túnel, con nada más que su linterna cortando la oscuridad opresiva, comenzó a sentir el peso de la montaña a su alrededor.

Las paredes parecían más cercanas y más apretadas aquí. Había tenido la esperanza de que el tubo de lava terminara en una pared de roca limpia pero estaba claro que ese no sería el caso. Tenía que haber otra cosa más adelante.

¿Y adónde había ido el templario oscuro? Estaba eso también. Jake había oído que los templarios oscuros podían camuflarse como fantasmas y hacerse invisibles, dejando nada más que un rastro casi imperceptible de luz en el aire. No sabía si sería verdad pero, si lo era, el protoss podía estar justo detrás de él y él no lo sabría. Ese pensamiento era muy poco reconfortante.

Lassatar tenía sus propios problemas a reflexionar.

El propósito primario de la vida era sobrevivir. Y la mayoría de la vida sobrevive comiendo otra vida. Según la experiencia de los protoss, los zerg eran la forma de vida más perniciosa y hambrienta de todo el universo. Había venido al sector Koprulu específicamente para destruir a los protoss. Y ahora, mientras el Enjambre continuaba expandiéndose por todo el sector, la situación estaba llegando al estado crítico.

El peligro era inherente al genoma zerg. Existía gracias a que tomaba otras formas de vida y las incorporaba, asimilando sus puntos fuertes. Así fue como crearon a la Reina de las Cuchillas. Y el resultado fue una mente de colmena más fuerte y más peligrosa que antes, ahora reconocida como la amenaza más crítica en la historia reciente de los protoss.

El control dominante de la Reina de las Cuchillas se extendió a todas las infestaciones zerg. Esto hizo que aislar y estudiar cualquier forma de biología zerg se volviera peligroso. De hecho, cualquier intento de estudiar a los zerg

alertaría a la Reina sobre esa actividad. Algunas veces, ella manipuló o desbarató los experimentos y, muchas otras, intentó subvertirlos.

Y, aparentemente, la distancia no era un factor limitante.

Esta colonia de aquí... tenía que ser obliterada.

Pero aquí estaba ocurriendo algo extraño. Sus acólitos habían logrado *algo*. Lassatar tenía que descubrir la verdad detrás de ello porque, en algún *otro* lugar, la Reina de las Cuchillas seguramente ya estaba considerando las mismas posibilidades.

Lassatar merodeó por los túneles y las cuevas dentro del volcán. Lo que encontró fueron los restos de los mecanismos de control y las defensas de sus acólitos. Habían sido abrumados por la ferocidad de su experimento.

La evidencia sugería que habían sido sorprendidos por un clúster de uetzis. Los uetzis solos no habrían bastado para destruir sus máquinas en una zona abierta pero, en el espacio cerrado de la montaña, con la explosión contenida y el desmoronamiento de rocas consecuente sobre los persecutores y los inmortales, fue el fin de todo.

La colonia debía ser destruida antes de que pudiera metastatizar... pero Lassatar dudó. Necesitaba saber lo que sus acólitos habían hecho con el genoma zerg. A pesar del peligro de que la colonia podría crecer y esparcirse si él se retrasaba, era de importancia crítica que comprendiera la naturaleza subyacente de estas criaturas nuevas y la amenaza que representaban.

Siempre que la colonia no diera señales de expansión (un factor curioso en sí mismo) Lassatar sentía que todavía tenía tiempo para observar. Pero, además, todavía no había decidido cuál sería la manera más efectiva de cumplir con la tarea de obliteración. Tal vez podía aplicar el poder del

artefacto xel'naga pero Lassatar le temía más a ese poder que al peligro de la colonia zerg de este lugar.

Por supuesto que tenía otra tecnología a la mano pero nada que bastara. En cambio, tendría que hacer uso de las fuerzas más grandes inherentes a la situación. Si pudiera despertar el volcán de alguna forma, detonando una explosión enorme, haría colapsar todo el cono volcánico sobre el nido. Ese sería un ataque certero.

La llegada del humano era un asunto menor.

Jake continuó subiendo por el tubo de lava, lenta y metódicamente. Si no llegaba a la cima en los próximos treinta minutos, iba a dar la vuelta y regresar abajo. Si la tormenta mermaba lo suficiente, se iría. No solamente del volcán ni de la isla: del planeta entero.

Se detuvo. Escuchó. Nada. Oía su propia respiración. Sentía su propio latido. Imaginó que hasta podía oír el sonido de su propia sangre correr por sus venas. Nada más. Se sintió tan solo como un humano podía llegar a sentirse.

Y entonces... su pie rozó algo. Algo que no era roca.

Jake bajó la mirada.

—Qué mier... Talo.

No mucho. Un zarcillo nada más. Pero bastó para reconocer la biomasa fétida que alimenta a los zerg y envenena todo lo demás. Dentro de él hay una red de conexiones neurales que llega hasta lo que sea que hace las veces de la mente del Enjambre. O tal vez sea una especie de red psiónica vasta. No lo

sabía. Lo que sí sabía era que, con tan solo empujar un poco el talo con el dedo gordo del pie, ya había anunciado su presencia a los zerg. A todos, estuvieran cerca, lejos, donde fuera.

La decisión se tomó sola.

Retirada. Era la única opción.

Tan rápido como fuera posible. Tal vez lograra sobrevivir.

Aun antes de que se solidificara su decisión, él ya estaba en movimiento. Saltó camino abajo, a veces mirando sobre su hombro, corriendo ya, tropezándose por el tubo. El suelo estaba desparejo y Jake resbaló y patinó por las superficies pulidas del túnel obsidiano.

Su linterna se sacudía como loca. Su corazón ametrallaba por la adrenalina que recorría todo su sistema. Se cayó una vez y bajó patinando una pendiente particularmente pronunciada, esquivando y girando mientras trataba de frenar su caída; en un momento caía de cabeza. Entonces, mientras seguía girando, chocó contra una pared y logró aferrarse a una parte en que el tubo se nivelaba un poco.

Aun sin aliento, presa del pánico, logró incorporarse. Rodó boca abajo, se puso de rodillas, de pie, se orientó hacia la bajada otra vez y siguió corriendo.

Se dijo a sí mismo que era posible que llegara. *Creo que puedo, creo que puedo*: un mantra viejo hacía eco en su cabeza.

Y entonces llegó a (¡Ay, qué mierda!) la cámara de los escombros. Esta parte tenía que cruzarla con cuidado. Cualquier ventaja que pudo haber ganado se evaporaría en un momento.

No se detuvo a pensarlo, simplemente saltó sobre la primera roca volcánica y siguió avanzando. Se aferró a la pierna rota de un persecutor y se

subió a la siguiente roca, saltó hacia otra, pateó un pedazo de coraza dorada de un inmortal y se subió a la siguiente roca. Se encontraba a mitad de camino cuando oyó los primeros sonidos: los ruidos agudos de las garras que rasguñaban la roca, de algo que bajaba arañando y hacía eco en el tubo vidrioso. Muchos algos. Jake no tenía la experiencia suficiente para identificar qué sería lo que venía haciendo ese ruido cacofónico. Lo único que sabía era que significaba malas noticias. El monitor de su visor comenzó a mostrar cada vez más marcas rojas a las seis en punto.

Adelante se encontraba la última escalada hasta la mitad inferior del tubo de lava. No iba a llegar. Se dio vuelta y miró la entrada de la parte superior del tubo, apuntó con el arma y configuró la zona de blanco un poco más ancha que la abertura. Si le alcanzaban las municiones, si no eran demasiados, si podía hacerlos retroceder por un instante, si torcía la lengua en el jueves diecisiete de un año bisiesto con la luna llena en el cenit y sacrificaba una cabra a medianoche... entonces tal vez llegaría a la parte inferior del tubo de lava. Y a su buitre. Al carajo con la supertormenta. Prefería que lo sacudieran unos vientos de 300 km/h que lo hicieran trizas unos insectos del tamaño de perros lobos.

Los primeros tres zergueznos salieron chillando del túnel superior casi antes de que estuviera listo. Lo que lo salvó fue disparar en ciego, sin apuntar. Las criaturas saltaron justo frente a su línea de fuego pero no bastó con eso. Lanzó su primera granada incendiaria. ¡Las balas volaron, el fuego se expandió en rojo, el ruido ensordeció! La cámara reflectó todo el sonido y lo tomó (y a los zergueznos también) por sorpresa. Hubo cosas que volaron salpicando en todas las direcciones. Nubes de polvo ardiente titilaron en la oscuridad.

¡Al fin un poco de suerte!

Jake se posicionó para el siguiente ataque. Esta vez apuntó el AGR-14 al tubo directamente, enfocó sus disparos hacia adentro, los separó en intervalos rítmicos sin perder de vista el conteo de municiones en el monitor. Por el momento iba bien y le quedaban dos cintos de municiones más. ¿Cuántos zergueznos podría matar? ¿Sería suficiente? ¿O, a la larga, lo superarían?

¡Tres más! ¡Seis! Chillaban unos ruidos demoníacos, sus garras rasguñaban desahoradas la roca vidriosa. ¡Otra granada! Jake los hizo estallar en pedacitos llameantes. El sonido de las explosiones era espantosamente fuerte. El fuego resplandecía cegador en contraste con la oscuridad de toda la cámara. El polvo se hacía cada vez más espeso y chispeaba.

Pero todas esas horas en los simuladores habían dado sus frutos. Había jugado solo; había jugado con la IA y en contra de ella; había jugado en equipos. Lo había hecho por la aventura enajenada, jamás pensó que algún día se enfrentaría a zergueznos de verdad... ¡Y ahí venían más! ¡Demasiados! ¡Chillando como pesadillas!

Jake perdió la cuenta. Disparó ciegamente a la masa, que ya estallaba a medio metro de donde estaba parado. No sobreviviría a la próxima tanda...

¿Tenía tiempo para escapar a la entrada del tubo? Echó un vistazo atrás... y casi lo toma desprevenido la siguiente tanda de zergueznos. No, no tenía tiempo. Tres, cuatro, seis más. Otra granada incendiaria. Los destrozó con rapidez, con mucho ruido. Le estaba tomando la mano. Pero se le comenzaban a acabar las municiones. Esto no iba a terminar bien. Ya podía olerlo: el hedor del fuego y de algo peor, el olor fétido de monstruos en llamas y chamuscados, la peste de todos los olores individuales de la biología interna de un alienígena mezclada con la de la muerte y la carne quemada y cosas que

ni podía identificar. La visión se estaba complicando en el aire cada vez más espeso y chispeante.

Jake tuvo una idea, una última, desesperada. Tal vez podía bloquear la entrada de la mitad de arriba del tubo. ¿Podría hacerla colapsar sin echarse encima una lluvia de rocas? Le quedaban tres granadas. ¿Le saldría bien? Había una única forma de averiguarlo. Nada más necesitaba unos pocos segundos...

Dieciséis zergueznos más tarde, el ruido de su disparo seguía haciendo eco arriba y abajo del tubo de lava y pedazos ardientes y apestosos de carne seguían manchando y quemando las paredes. Se dio cuenta de que no iba a tener esos pocos segundos.

—¡Qué mierda!

A menos que hiciera *otra* cosa.

Apuntó a la profundidad del túnel y soltó una ráfaga de disparos abrasadores. Las balas trazadoras atravesaron la oscuridad dejando atrás unas rayas rojas y amarillas de luz. Los chillidos distantes llegaron a sus oídos. Nubes de polvo y avalanchas pequeñas de guijarros y pedazos de zergueznos brotaron del túnel.

Tal vez tenía tiempo. Tenía que levantar la cubierta protectora de este interruptor, armar ese otro... demasiados controles, ¿por qué no había instalado un botón solo...? Ah, sí, por seguridad. Iba a tener que reconsiderar esa decisión. Más tarde. ¡Listo, hecho! ¡Y justo a tiempo! Apuntó al túnel, al techo, y disparó. Una vez, dos veces...

Las granadas formaron un arco por el túnel y desaparecieron en la oscuridad, chirriando su ultrasonido, y entonces...

El estallido bajó martillando, era un muro de ruido impactante que tiró a Jake contra la pared de la cámara. Hubo un sacudón corto y marcado, seguido de una resonancia que repicaba y retumbaba en lo profundo y entonces salieron las primeras rocas del tubo de lava: una avalancha pequeña de escombros. Suficiente para enterrar los últimos pedazos de inmortales y persecutores. Suficiente para levantar el suelo de la cámara. Suficiente para que a Jake se le taparan los oídos por el cambio de presión.

—Tendría que haber hecho eso desde un principio. —Asintió satisfecho. Respiró hondo una vez, dos veces, tres. Sorprendido de seguir con vida, de seguir consciente, boqueó ruidosamente, todavía aturdido por la batalla. Había algo distinto en estos zergueznos. No se parecían a los del simulador. Eran... Jake sacudió la cabeza; las computadoras tendrían que encargarse de eso. Oyó su corazón latir en el pecho y pensó *Tengo que parar un minuto. Descansar un poco...*

Echó un vistazo por toda la cámara, el polvo arremolinado, las chispas, las manchas de biología quemada; no podía pensar en los zergueznos como si fueran de carne o insectos. Eran una... *cosa...* fétida y asquerosa. Lo deprimía. Se suponía que el universo tenía que ser un lugar de asombro y maravillas. Esto era... un infierno. El fuego bajo tierra. La condena eterna.

Jake no se permitió seguir ese pensamiento. —No, basta. Basta de angustiarte así. Es el momento de irse de aquí. —Giró hacia la pendiente desapareja de roca entre él y la parte inferior del tubo de lava y comenzó a trepar. A mitad de camino, oyó ruidos.

—Pero qué mierda. ¡Vamos! ¡Denme un descanso! —gritó a la nada, a nadie, a todo el universo. El destino. La ventura. Lo que fuera. —¡Basta de esta broma perversa, no aguanto más!

Trepó como pudo al borde rocoso más cercano, todavía faltaban dos metros para la meta. Se dio vuelta a ver el lado opuesto de la cámara.

—Qué mierda...

Toda la pared se sacudía. Algo estaba cavando del otro lado, algo grande. Algo *muy* grande. Se oía el ruido de sus garras chocando contra la roca. Esto era algo *diferente*.

El monitor de Jake mostró un área de disturbios más grande que el radio de destrucción de cualquier arma que él tenía. Traducción: "sea lo que sea, te supera".

—Esto no tiene nada de divertido —gritó Jake al universo—. Yo tengo una idea de cómo es la diversión y no tiene nada que ver con esto.

Aun así, ajustó la mira de su arma a un círculo de fuego mucho más pequeño. Tal vez podría dañar a esa cosa de porquería. O tal vez tenía algún punto vulnerable (seguramente que no pero era una esperanza) y si pudiera encontrarlo, ¿quién sabe? Tal vez la mataría.

La pared opuesta ahora temblaba, caía polvo y volaban piedras de su superficie, se empezaba a agrietar y las rocas más grandes se rajaban y se desmoronaban. Jake se apoyó en la pared oscura detrás de él, afirmando su posición. Tenía, cuanto mucho, una chance. Mantuvo la linterna centrada...

Algo logró atravesar la pared, ¡una cuchilla oscura que se movía como un machete gigante! Luego otra, ¡desde el otro lado! Las rocas salieron volando y se estrellaron en la oscuridad. ¡Esa cosa era enorme! ¡Demasiado grande para ser de verdad! ¿Qué carajo era?

¿Adónde le apuntaba? ¿A la boca? ¿A los ojos? La cosa movía la cabeza para atrás y para adelante, dando tajadas con dos huesos que parecían

guadañas. Si tenía boca, Jake no la veía. Tal vez podría dispararle a una de las rodillas y lo haría tambalear y caer... Al carajo, dispárale y ya.

Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, algo explotó detrás de sus ojos, entre sus oídos, dentro de su cabeza: la estela de un estallido psiónico, enceguecedor, ensordecedor, abrasador, gritó dentro de él en mil colores y formas y olores y sonidos y fuego helado ardiendo hacia afuera: hermoso y doloroso y delicioso y espantoso todo al mismo tiempo...

Parado frente a él, el templario oscuro, con los brazos estirados, con las manos de cuatro dedos cubiertas en llamas crepitantes, con relámpagos que se irradiaban por toda la cámara volcánica, con ecos y chirridos, quemó y calcinó y reventó a la bestia que se tambaleaba en la pared opuesta. La bestia gritó y se sacudió en una agonía horripilante.

Jake se quedó ahí mirando, atónito.

Al fin, la cosa se tambaleó hacia adelante, tropezó y cayó de cabeza en las rocas debajo de ella, lo que sonó como una avalancha de carne crujiente. Una peste indescriptible brotó de ella y cubrió toda la cámara. Habría sido un ultralisco... si no lo hubiesen mutado en algo más grande y feroz aun.

—A la mierda —dijo Jake—. A... la... ¡mierda!

El protoss se quedó inmóvil ante el monstruo muerto, mirándolo colapsar en el lugar. Unos rayos azules recorrieron la espalda de la criatura y finalmente se evaporaron, dejando atrás nada más que humo y polvo y escombros. Unos guijarros todavía caían del techo de la cámara. Jake levantó la vista y buscó con la linterna algún posible derrumbe.

Pero no, la cámara resistió.

Jake se sacudió. Le dolía la cabeza. Todo el cuerpo le dolía. Se sintió hecho trizas y abatido en la secuela del estallido psiónico.

—A la... A... la—recuperó la respiración y al fin dijo—... mierda. Debo de ser el primer humano en ver una cosa así. O por lo menos el primero en sobrevivirla. Debe de haber sido la cosa psiónica de los protoss. Fue... Nunca vi algo así.

Jake ya se preguntaba si ahora experimentaría más sensibilidad todavía al ruido psiónico. Esperaba que no. O tal vez tuvo suerte y su proximidad a la explosión sobrecargó y quemó esa sensibilidad psiónica diminuta que tienen los humanos. Muchos humanos tenían destellos de habilidad. Pocos tenían la habilidad suficiente para entrenar como fantasmas. Y Jake ahora se alegraba de que él no fuera uno de ellos. Se sintió drenado, ahí de pie donde estaba.

—Bueno, Jake —se dijo a sí mismo—. Es hora de largarse. —Giró hacia el protoss, levantó la mano como saludo de despedida y...

¡Alzó el arma rápidamente y disparó! El disparo impactó en la ola de cosas que se desparramaban por toda la pared opuesta. La ráfaga impactó de un lado al otro del centro de la ola. Su última granada causó una avalancha pequeña y la pared rocosa colapsó y enterró a los zergueznos escurridizos bajo una capa de roca y polvo y brasas ardientes.

¿Por qué el protoss no los había visto, no les había disparado? ¿Sería que los protoss necesitaban un tiempo de recuperación? De ser así, entonces la psiónica no era el arma todopoderosa que todos pensaban que era. Interesante. Aunque Jake no tenía a nadie a quien contárselo.

El templario oscuro giró hacia Jake y levantó la mano como saludo o despedida... Jake no supo cuál. Pero entendió con bastante claridad el significado subyacente. ¡Era hora de largarse! El templario oscuro desapareció y Jake trepó las últimas rocas hacia la mitad inferior del tubo de lava. Bajó

tropezando hasta su buitre, se subió de un salto al asiento, bajó el toldo frontal y comenzó su regreso a la entrada del tubo.

Afuera, la tormenta seguía azotando pero el monitor de Jake le indicaba que se alejaba y que Jake estaba bajo el borde. El ojo de la tormenta ya estaba lejos, al norte. La supertormenta apenas rozaba la isla, no la saturaba. Los vientos seguían fuertes, más de lo que hubiese preferido Jake, pero el buitre le informó que podía navegarlos hasta el campamento. Las expectativas eran buenas, pero no lo suficiente. Jake aceleró a fondo.

En el camino de regreso, sus pensamientos se apilaban. Oportunidades, circunstancias, situaciones, elecciones, dificultades, decisiones; cargar todo y despegar parecía la mejor idea. Pero algo lo frenaba. El protoss había salvado su vida. No tenía ninguna razón para hacerlo, ninguna que se le ocurriera a Jake.

Pero Jake también le había salvado la vida al templario oscuro. Así que la deuda estaba saldada.

¿O no?

¿Por qué sería que el templario oscuro apareció en ese momento? ¿Por qué había destruido a esa... esa mutación de ultralisco retorcida?

¿Por qué aparecer siquiera?

Jake aceleró por la noche cada vez más oscura, mientras gritaba frustrado en su cabeza. *¡Qué mierda! ¡La cosa esa necesita algo de mí!* Y, para cuando llegó al campamento, sabía exactamente qué era.

Lassatar se quedó quieto un momento, inmovilizado por lo que había hecho. Drenado. Vacío. Vulnerable.

Había usado el poder del artefacto xel'naga. O, tal vez, el artefacto xel'naga lo había usado a él: no lo sabía con certeza.

Pero ahora lo entendía.

El artefacto xel'naga era una lente psiónica. Y algo más. Algo aterrador. Como lente, el artefacto xel'naga amplificaba y enfocaba los poderes psiónicos de quien lo portara. Pero, más aun, el artefacto xel'naga se conectaba al portador de forma tal que, si el portador no hubiera tenido poderes propios, habría tenido el poder psiónico del artefacto xel'naga bajo su control.

En el momento del ataque, Lassatar tenía tanto poder psiónico a su disposición como un arconte. Tal vez más que un arconte. El artefacto xel'naga alcanzaba campos de energía enormes pero controlarlos requería de toda la energía del portador. El artefacto le había extraído toda su fuerza y energía y la había usado para modificar sus propias habilidades psiónicas enfocándose, apuntando y desatando una tormenta de fuego psiónica sobre los zerg atacantes.

¿Qué pasaría si este artefacto estuviera en las manos de alguien más poderoso en el arte psiónico? ¿Un arconte, por ejemplo?

Y, más allá de eso, el descubrimiento de la posibilidad de alcanzar, enfocar y aplicar vastos campos psiónicos, aun para aquellos que no tenían poderes psiónicos, ¿qué efecto tendría sobre los protoss como raza?

Como guardián de los misterios del pasado, Lassatar tuvo que preguntarse: ¿a quién protegía de estas reliquias? ¿Para quién las protegía?

No podía contestar esas preguntas. No aquí. No ahora.

Primero tenía que solucionar esta situación. Y el artefacto xel'naga ya era parte de ella. La reliquia ancestral no solo expandía el poder para actuar; también expandía el poder para *ver*.

Su comprensión de esta colonia zerg imposible se había expandido hasta impactarlo de forma preocupante. Lo que no había sido evidente en las formas de vida más pequeñas (los utezis y los zergueznos) era aterradoramente obvio en el ultralisco mutado que se había abierto paso hasta el túnel.

Sus acólitos habían creado zerg con *identidades*.

Ahora entendía lo que sus acólitos habían hecho. Y por qué. ¿Podría subvertirse la Reina de las Cuchillas? Este era el laboratorio para su estudio. Habían aislado la montaña psiónicamente. La Reina de las Cuchillas no sabía que esta colonia estaba aquí. La colonia no sabía que existían otros zerg. Estaban solos y aterrados. El campo de aislamiento los mantenía atrapados mentalmente en una pesadilla agorafóbica.

Por eso fue que habían fallado. El terror fue el error.

Cuando las criaturas desarrollaron identidades individualmente, también desarrollaron una necesidad de continuar esa identidad: una necesidad de sobrevivir. Cuanto más grande era la sensación de individualidad, mayor el imperativo de supervivencia. Cuando más grande era la necesidad de supervivencia individual, menor el control que la Reina de las Cuchillas tenía sobre las partículas de su dominio.

Este experimento... Al aislar a la colonia, los acólitos habían cambiado el equilibrio interno de la especie drásticamente. Trataron de hacer algo que resultó en éxito... y en fracaso.

Normalmente, los zerg no se retiran. Aun derrotados, hacen pagar con sangre al enemigo por cada metro que avanza. Pero, si (y cuando) los miembros individuales de un nido se dieran cuenta de que no tenían chances de sobrevivir a un asalto, reconocerían eso como el final de la identidad. Así, separados en individuos, con cada criatura zerg con su conciencia de sí misma, la colonia se fracturaría. ¿Cada zerg reconocería su destrucción inminente? ¿Dudaría? ¿Entraría en pánico? ¿Huiría?

Esa parecía ser la conclusión lógica.

Pero los acólitos habían carecido de la experiencia para ver que esa premisa era demasiado simple. Habían dado por hecho que crear identidades dentro de los zerg los infectaría de cobardía.

Era un error comprensible.

Un error fácil de cometer sin pensarlo en profundidad. El error era obvio solo en retrospectiva pero los súbditos de Lassatar, los arquitectos de este horror, habían muerto por su presunción.

No habían terminado de reflexionarlo. Las emociones son biológicas por naturaleza: reacciones viscerales a procesos intelectuales. El miedo viene de la percepción de peligro. Algunos miedos se basan en las circunstancias inmediatas; otros tienen menos base; en cambio, surgen de una consideración emocional de las posibilidades que todavía se están gestando.

El extremo inferior del espectro emocional (aflicción, miedo, hostilidad) es una sinfonía vasta de momentos interrelacionados. El extremo superior del espectro (alegría) tiene un rango mucho más estrecho. Los experimentadores no habían pensado que los zerg fueran capaces de tener algún sentimiento positivo. Con la misma carencia de mente que las hormigas, no tenían ninguna

necesidad evolutiva de alegría. Y, por ello, los acólitos de Lassatar no habían considerado esa posibilidad en sus hipótesis.

Lassatar pudo haberlos advertido. Lo había visto claramente en los humanos que había conocido. La alegría era tan poco frecuente en sus vidas que les era extremadamente valiosa. Así que la buscaban de todas las maneras posibles.

Lo había visto en el encuentro que había tenido con la niña cuando buscaba el artefacto; allí también había habido un yum-kimil. La niña había encontrado su alegría en su familia mientras que el yum-kimil había encontrado su alegría en matar. Era la única alegría que el yum-kimil conocía o entendía.

Estos zerg no supieron cómo encontrar la alegría en la familia. En cambio, habían aprendido a encontrarla en el ataque. Disfrutaban atacar; hasta disfrutaban morir atacando. Eso los hacía más feroces aun, muchísimo más peligrosos en formas hasta entonces inexistentes. ¿Qué otras consecuencias accidentales quedarían por descubrir?

Por un momento, Lassatar consideró la posibilidad de que los experimentos podrían haber tenido éxito en formas incalculables. Tal vez la naturaleza de la identidad fuera tal que un desarrollo mayor de ella podría haber causado cismas dentro del Enjambre zerg, como la guerra civil que había ocurrido cuando la Reina de las Cuchillas había desafiado a los cerebrados. Pero la Reina de las Cuchillas había superado a los cerebrados y los zerg se habían vuelto más peligrosos que antes. ¿Qué pasaría si estas cosas superaran a la Reina de las Cuchillas y los zerg se volvieran más mortíferos aun?

No podía arriesgarse a averiguarlo. No podía permitir que esta colonia creciera. Estas criaturas habían alcanzado la masa crítica, se iban a salir de los límites del aislamiento psiónico de la montaña. Si eso ocurriera, se esparcirían más allá de este mundo...

Lassatar tuvo que admitir que no tenía los recursos necesarios para destruir este nido.

Pero el humano sí. Lassatar podía usarlo.

Muchos humanos tenían una forma primitiva de habilidad psiónica, una cualidad animalista básica que interpretaban como sentimientos sin evidencia: corazonadas, presentimientos y momentos inexplicables que no eran casualidades. Algunos humanos, muy, muy pocos, tenían habilidades más poderosas, suficientes para reconocerlas, controlarlas y hasta entrenarlas. Los humanos incluso habían creado una academia para entrenar a sus guerreros psiónicos, a quienes llamaban *fantasmas*.

Este humano tenía la habilidad psiónica rudimentaria del resto de la especie. Pero, así como el artefacto xel'naga le había dado a Lassatar la posibilidad de tener los poderes de un arconte, el dispositivo había despertado y expandido el potencial de este humano de ser un receptor psiónico.

El humano no lo oiría como una comunicación, no, pero lo sentiría y eso tendría que bastar.

Era simple, para Lassatar era cuestión de cubrir el estallido psiónico del artefacto xel'naga con la imagen de la explosión de un volcán. Los zerg le temerían.

El humano lo sentiría de otra manera.

Jake no sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

Como si hubiera caminado cada metro de la montaña por su cuenta, conocía cada tubo, túnel y cámara. Como si se hubiese enchufado directamente al talo psiónico, sabía hasta dónde llegaba y se extendía cada zarcillo. Como si se hubiese convertido en una especie de biocomputadora orgánica, Jake entendió exactamente qué tenía que hacer para activar ese volcán y destruir el nido. Como si de pronto hubiese salido de su propia vida y se mirara desde arriba, como una especie de metadios, supo exactamente lo que había ocurrido.

—¡Ese protoss maldito! —dijo—. ¡Ese manoseador de mentes hijo de puta! —Martilló los controles del buitre con el puño y el buitre patinó hacia el hangar del saltacharcos. —Bueno, no tengo por qué... —Pero antes de que pudiera terminar ese pensamiento, supo que estaba equivocado.

—Qué mierda —dijo.

Esos pensamientos o sentimientos o imágenes que se le habían clavado en el cerebro funcionaron: el imperativo era demasiado fuerte. Sí tenía que hacerlo. Y lo sabía. No como algo que se aprende, sino como algo existencial. Era como si Jake se hubiese convertido en otra persona totalmente distinta. No iba a poder abandonar este mundo a menos que destruyera a los zerg... o muriera en el intento.

—¡Lo único que quería era un poco de tranquilidad! —gritó al cielo, a los últimos vestigios de la tormenta—. ¿Es mucho pedir? —Levantó los brazos; sacudió los puños—. ¡Protoss! ¡Supertormentas! ¡¿Zerg gigantes?!

¿Volcanes infestados? ¡Está bien, ya entendí! ¡El karma que se siembra, se cosecha! ¡¿Pero no será demasiado?!

En respuesta, un relámpago tronó sobre su cabeza, tan cerca que lo hizo tambalear y casi lo tira al piso.

—Bueno, bueno, ya entendí —dijo Jake, incorporándose—. No puedo opinar.

Dentro de su saltacharcos, su base de operaciones, encendió el monitor principal y estableció un enlace con la nave colonizadora. Le iba a llevar bastante tiempo. Tenía que hacer muchos cálculos. Cuánto iba a necesitar y dónde lo iba a poner para maximizar el efecto. La nave colonizadora había sido equipada con todo lo necesario para comenzar una colonia minera autosuficiente. Estaba llena de máquinas muy poderosas, e incluía unos explosivos muy potentes. No bastaba con eso, pero era un buen comienzo...

Jake ya tenía un reconocimiento pasable de la geología gracias a sus propias sondas, pero no había sido tan bueno... hasta que le sumó el superconocimiento que le dio el protoss.

Las supertormentas arrasadoras habían debilitado el lado a barlovento del cono y la montaña temblaba un poco más con cada arremetida. Partes del cono estaban débiles. Aquí, aquí y aquí: justo por encima de la línea de árboles en el lado noroeste, había siete tubos de lava, cada uno iba en dirección hacia el núcleo durmiente del volcán. Podía soltar cápsulas de carga con suministros de minería desde la nave colonizadora y luego enganchar explosivos de esos suministros a unas sondas. Si pudiera hacer colapsar todos los tubos de lava simultáneamente, haría colapsar ese lado de la montaña y eso haría que se derrumbe la caldera.

Programó algunos simulacros. Algunos funcionaban pero no como él quería. Hizo otros. Comenzó a ver la escala del problema. Él quería hacer explotar una montaña. La montaña quería explotar pero no estaba lista. Tenía que alistarla. Eso requería mucha energía.

Esa era la parte que no le gustaba.—¡Ese maldito protoss! ¡Malditos sean sus ojos! —Jake rezongó—. ¡¿Qué derecho tenía a meterme cosas en la cabeza?! Yo no le metí nada en la cabeza; ¡lo único que hice fue saludarlo! ¿Qué fue? ¿Una invitación a que me violara la mente?

Por otra parte, tenía que admitirlo, era divertido buscar maneras de matar zerg. Casi una alegría. Cada vez que un simulacro hacía colapsar el volcán, Jake se reía en voz alta. —¡Ja! ¡Si llego a hacer eso en la vida real, me meo encima!

—Bueno —se dijo a sí mismo—. ¡A ver cuál es la explosión más grande que puedo hacer! —Sus manos se movieron por todo el monitor; sus dedos bailaban de un lado a otro del teclado; metía comandos con un apuro casi frenético—. Nunca le había hecho el amor a un volcán: esto es apenas para calentar un poco las cosas. Pero para cuando termine, ¡va a ser la sacudida más fuerte de su vida!

Jake sabía muy bien que estaba poseído por ese impulso de determinación pura. No tenía opciones al respecto. Pero, cuanto más trabajaba, más crecían en él sentimientos de satisfacción, placer, hasta éxtasis. Aun si hubiese podido parar, ya no quería. Lo estaba disfrutando demasiado.

El problema era que, sin importar la tecnología que empleara, los zerg podrían buscarla y destruirla. Así que eso tenía que ser parte del plan también: calcular el asalto con más recursos de los que podrían encontrar a tiempo.

Jmm...

Sí.

Señuelos. Tendría que poner unos señuelos para distraer a los zerg. Quería que estuvieran lo más cerca posible de la zona de impacto pero lejos de los mecanismos detonadores.

Bien. Ahora iba a tener que revisar sus recursos y ver cómo aplicarlos. Planteó más hipótesis, hizo más simulacros. Podía causar mucho daño a Mauna Koala, el nombre que tenía la montaña en su cabeza, pero solamente en el 54% de las simulaciones lograba detonar la clase de explosión masiva que buscaba. No bastaba. Necesitaba obliterar la isla entera, nada menos.

Si la isla sobrevivía, si tan solo una semilla de la biología zerg sobrevivía... todo el esfuerzo habría sido en vano.

Hizo más simulacros mientras sentía una mezcla de frustración y alegría. El trabajo era divertido, cada prueba lo acercaba más a la solución, pero la lentitud del progreso le molestaba, desafiaba el imperativo que lo impulsaba y su propia impaciencia lo enfurecía. —Maldito seas, Don Templario Oscuro —dijo Jake al protoss desaparecido—. Si pudiste darme el problema, ¿no podías darme la solución también?

Había una forma de hacerlo. En su mente, Jake la llamaba Operación Aniquilación. Iba a funcionar pero le iba a costar casi todos sus recursos. La nave colonizadora tenía nueve cápsulas de carga llenas de cajas de explosivos empacados cuidadosamente, además de robots mineros, conocidos como Excavadores Móviles Utilitarios Lunares. Iba a tener que bajarlas todas, al menos una para cada túnel vulnerable. Le llevaría como mínimo un día asegurar los explosivos a las sondas y tal vez otro día más poner una en cada tubo de lava. Iba a tener que enviar otras sondas antes hacia arriba por cada

canal haciendo mucho ruido. Si trabajaba sin dormir hasta que llegara el momento...

Podía funcionar. No bien tuvo la idea clara en su mente, envió una señal a la nave colonizadora para que tirara las nueve cápsulas. La ventana de lanzamiento más cercana estaba del otro lado del horizonte. Las cápsulas tardarían dos horas en llegar. Tendría que ponerse a trabajar en ellas inmediatamente pero se podía hacer. Iba a tener que reconfigurar las sondas, ajustar las proporciones de "fuerza a peso" debido a la masa adicional de los explosivos y sincronizar los detonadores con una señal de multibanda.

Los análisis geológicos revelaron que la montaña tenía varias rajaduras profundas debido a la erosión del agua, los terremotos y unas erupciones prehistóricas. Jake podía mandar los EMUL adentro de esas cámaras a que insertaran explosivos líquidos por esas rajaduras hasta el núcleo. Luego detonaría todo al mismo tiempo.

Si llegaba a funcionar, si todo salía como lo había planeado, la caldera colapsaría sobre sí misma, la pared del noroeste se desprendería del cono del volcán y la montaña explotaría. La fuerza desatada por el estallido haría pedazos al resto del cono y lo haría caer por su propio peso: un segundo colapso. Y si lograba agitar lo suficiente al magma que había debajo, toda la isla podría desaparecer en una bola de fuego. Jake tendría que observarlo desde una buena distancia.

Desde el espacio estaría bueno.

Aunque, quizás...

La isla más pequeña del archipiélago seguía siendo más grande de lo que podía necesitar. Y estaba a 300 kilómetros al norte y al oeste de la zona de

impacto. Una vez que hubiera acabado con los zerg, quizás podría quedarse allí en paz.

Programó más simulacros, buscando los grupos de patrones de acción óptimos. Pronto se volvió obvio que había muchas variaciones pero todas eran variaciones de la Operación Aniquilación.

Jake suspiró.
—Qué mierda. No hay una forma más fácil. No hay una forma mejor.

Comenzó a emitir las órdenes necesarias.

—Espero que ese protoss de mierda tenga la inteligencia de hacerse a un lado. Yo no pienso ir a avisarle.

Lassatar comprendió el plan del humano no bien cayó la primera cápsula de carga. Cuando Jake envió los primeros EMUL a los túneles, Lassatar ya había entendido exactamente cómo el humano planeaba actuar y se había alejado del volcán a una distancia segura, no sin antes dejar dentro suficientes piezas de tecnología protoss como para mantener ocupados a los zerg. El humano necesitaba que estuvieran distraídos.

Había algo más que tenía que hacer. Los zerg sentirían las vibraciones; investigarían qué estaba ocurriendo. Tan pronto como la colonia zerg descubriera que unos robots mineros estaban vertiendo líquidos explosivos en las grietas, los atacarían.

Pero estos zerg (infectados con *identidades*), cuando se dieran cuenta de la escala del accionar de Jake, se pondrían nerviosos, toda la colonia se alteraría. No había forma de predecir cómo reaccionaría cada individuo.

Algunos podrían entrar en pánico al sentir la posibilidad de peligro personal. Podrían huir. Lassatar sabía que tendría que mantenerlos a todos dentro del volcán para que el plan del humano funcionara.

Así que esperó. Y trató de escuchar sus *emociones*. Cuando los zerg sintieran peligro, tendrían miedo. Cuando él sintiera su miedo, actuaría...

Y entonces, por fin, comenzó todo.

Un zerguezno descubrió un EMUL vertiendo explosivo líquido en una grieta profunda de la superficie volcánica. Gritó, saltó y se retorció en agonía cuando el fluido ácido volátil penetró su coraza. Otro dudó cuando una sonda armada con explosivos maniobró camino arriba por el tubo de lava; el zerguezno retrocedió frente a la presencia desconocida. Un tercero encontró un paquete grande que hacía tic tic tic ominosamente. En un arranque de curiosidad atípico, la criatura lo llevó más adentro del nido para examinarlo mejor.

Uno tras otro, distintos zergueznos volvían al talo y, tras juntar todas sus experiencias, todos los encuentros separados con piezas desconocidas de tecnología humana, el efecto acumulativo fue de incertidumbre, luego ansiedad, luego las primeras sensaciones inquietantes de una emoción que hasta entonces era desconocida para la colonia, perturbadora individualmente pero abrumadora cuando se magnificaba a nivel colectivo. Hasta los zerg que no habían tenido un contacto directo se asustaron debido a la inquietud de sus pares.

Comenzó el pánico. Algunos zergueznos quedaron inmóviles, paralizados. Otros huyeron a túneles más profundos mientras que otros buscaron su escapatoria hacia arriba. Muchos se agruparon para un contraataque. ¿Pero contra quién?

Y entonces comenzó el *otro* impacto. Dentro de sus cerebros acelerados, dentro de sus caparazones quitinosos, dentro de su carne latente, dentro de todos, hubo un martilleo constante de confusión y luz que los pasmó. Algunos colapsaron; otros se congelaron; otros se estremecieron paralizados. Los uetzis lo sintieron como un impacto y explotaron en el lugar. El núcleo de la colonia sufría una convulsión masiva.

Y luego se puso peor. El martilleo se hizo más fuerte, se convirtió en mazazos de fuerza psiónica. Los zarcillos de talo de toda la montaña se contrajeron. La colonia zerg estaba en el centro de una vorágine de miedo. Estaba viviendo algo que ninguna otra colonia había vivido jamás: ¡terror abrumador! Cada una de las bestias de esa montaña chillaba y gritaba, gemía y resollaba, se sacudía y retorció, presa de unas convulsiones espantosas, incapaz de una acción coherente.

Y entonces...

Las sondas encendieron sus propulsores, una tras otra, en una cascada de fuego sincronizado. Paredes de llamas superabrasadoras treparon en un segundo por los tubos de lava hasta el corazón del núcleo dormido y calentaron la roca volcánica hasta el punto de fusión.

Un trueno sacudió el volcán. Nubes de polvo se elevaron de sus lados. En las pendientes del cono, comenzaron a desatarse avalanchas pequeñas en todas las direcciones. Las avalanchas pequeñas se volvieron avalanchas más grandes.

Y entonces, cuando la montaña ya no podía calentarse más, comenzaron las primeras detonaciones. Una sección se detonó prematuramente, medio segundo antes, pero el resto ocurrió como estaba planeado, en una serie de explosiones predeterminada perfectamente.

La montaña se estremeció. Pero no ocurrió nada.

Desde su punto de observación a lo lejos, lo primero que dijo Jake inevitablemente fue "¡Qué mierda!".

Y luego... una nube de humo abrupto. Otro estremecimiento. Uno continuo. Cada vez más grande. La montaña temblaba. Empezó a sacudirse. La pared del noroeste del volcán comenzó a abultarse, a hincharse de manera alarmante... y entonces explotó.

Hubo un rugido enorme y repentino que no paraba, crecía y crecía mientras columnas de polvo y roca en llamas se levantaban, cada vez más alto: una torre de horror y destrucción. Piedras ardientes se dispararon hacia arriba y desaparecieron en el azul del cielo; la erupción continuaría por horas, tiraría lava fundida al mar a kilómetros a la redonda, cubriéndolo todo de vapor.

—¡A la mierda! —dijo Jake. De repente, se sintió alegre. Una alegría increíble, sorprendente. Quería bailar. Sintió una descarga de emoción que le recorrió el cuerpo, tan poderosa que lo dejó débil y temblando.

Y luego se sintió aliviado, libre... y alegre todavía. Pero era otra clase de alegría. No era la alegría de la victoria, sino una más profunda, interior: la alegría de la paz.

Su plan había funcionado. Lo sabía. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía.

—Nada podrá escapar de eso —y se dio cuenta de que lo dijo en voz alta. Miró su monitor. —Tal vez ni siquiera yo.

Giró hacia su buitre.

Su aliado, el templario oscuro, estaba allí parado.

—Hola —dijo Jake.

El protoss no respondió.

Jake creyó saber por qué.

Todos esos ataques psiónicos... Jake también los había sentido, aun a la distancia. Deben de haber dejado exhausto al templario oscuro.

Jake lo miró con asombro. Si el protoss estaba exhausto, ¿estaría vulnerable también? ¿Era esta una señal de confianza? ¿Sería que sabía que Jake no se aprovecharía de su debilidad momentánea?

¿O sería que Jake se estaba imaginando todo eso?

Y luego el protoss levantó una mano. El gesto era un saludo.

Ahí está, eso era lo que Jake sentía: una emoción que no podía nombrar. Gratitud. Compañerismo. ¿Amistad? Algo.

—Yo, eh... supongo...

El templario oscuro parecía estar estudiándolo. Y, por un momento, Jake también sintió miedo. ¿Se habría acabado su utilidad?

No.

El protoss debía de estar sintiendo lo mismo que él.

Jake sonrió.

—Así que... Este puede ser el principio de una hermosa amistad, ¿eh?

El protoss terminó de examinar a Jake y desapareció.

—O... supongo que no —dijo Jake.

Se encogió de hombros.

Se dio vuelta y vio una torre de humo y llamas que no paraba de crecer.
—Sí, hora de largarse.

No sabía adónde iría ahora. Pero esta vez buscaría un lugar donde hubiera gente.